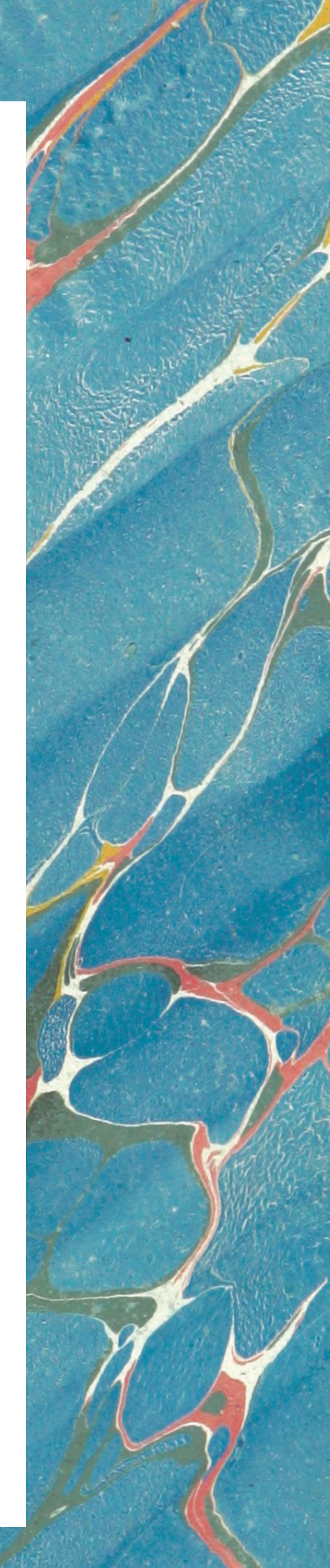

al pie de la letra
febrero 2024, número 23
literatura arte humanidades



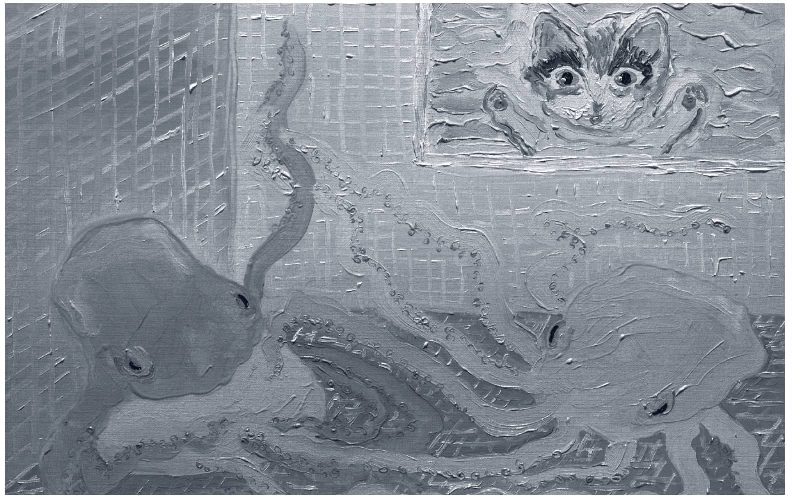
ALPIEDELALETRA, número 23, febrero 2024, es una publicación semestral editada por la Escuela de Humanidades de la Universidad Modelo. Carretera a Cholul, 200 m después del Periférico. Mérida, Yucatán, México, C.P. 97300. Teléfono: 01 (999) 930 1900, extensión 2701. Correo: alpiedelaletra@modelo.edu.mx. Editor responsable: David Loría Araujo. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo e ISSN en trámite. Impresa por Factor Imprime, con dirección en calle 21, número 252 J por 30A y 32, colonia La Florida, C.P. 97138. Este número se terminó de imprimir el 30 de enero de 2024, con un tiraje de 750 ejemplares.





Carta Editorial

Sueño de postres japoneses, bañistas de espuma y regalos de nata (2023) Imagen: Marijose Romero
Catálogo personal



Gatita voyerista de un encuentro entre dos pulpos y un mochi (2023) Imagen: Marijose Romero
Catálogo personal

Cuando comencé a enseñar en la Escuela de Humanidades de la Universidad Modelo pregunté a Juani Mateos, la coordinadora de la Licenciatura en Lengua y Literatura Modernas, por la revista *alpiedelaletra*. Sabía de su existencia porque muchas personas del medio cultural y literario de nuestro estado habían publicado entre sus páginas en más de una ocasión. La admiraba en secreto, coleccionaba sus ejemplares cada vez que los hallaba por distintos puntos de la ciudad y, en cierta ocasión, cuando estaba cursando la carrera, me atreví a mandar un par de textos que al final no se publicaron. Nunca imaginé que, algún día, iba a colaborar con el equipo que le da vida, conformado por estudiantes entusiastas. Para quienes la conocen, y aun más para quienes han estado detrás de sus bambalinas, es un medio relevante de divulgación artística en la región sureste del país. Al menos en lo que respecta a la península, contamos con muy pocos ejemplos de publicaciones que puedan compararse con *alpiedelaletra*. Por eso es todavía más importante mantenerla presente, vigente y activa. No sólo para llegar a más públicos, sino también para motivar a otras instancias universitarias y culturales a apostar, a pesar de todos los obstáculos y después de una pandemia, por revistas que se dejan tocar: en papel, de acceso gratuito y con ánimos de tejer redes.

La revista, de nuevo, remonta. Nadie niega que ha tenido varios despertares. Su persistencia y capacidad de transformación son, me atrevo a decir, sus principales talentos. Este número, el veintitrés, está conformado por textos que recibimos a través de nuestra convocatoria abierta, y otros de autoras y autores que aceptaron nuestra invitación. Sin planearlo demasiado, los textos que aquí se antologan fueron revelando coincidencias marcadas por tres ejes: el cuerpo, el agua y los vínculos. Quien navegue por sus páginas encontrará oleajes que tejen estos conceptos entre sí: la relación entre madres e hijas a través de la escritura de cartas y memorias; entre padres e hijos por vía de espacios que, a diferencia de los cuerpos, persisten; entre nietas y abuelas por medio de rituales de conservación de la fruta. Lo acuático está presente en las imágenes oceánicas, huracanadas y piscinísticas, curiosamente atravesadas por diversas especies: una habitación inundada por la que nada una rana, una parvada de flamencos que surca la costa arrebolada, o un cenote del que beben, al mismo tiempo, una vieja higuera y un grupo de gallinas japonesas. Por último, el afecto que más nos recuerda la materialidad de la carne: el dolor. Este número está lleno de poemas, ensayos y relatos de cuerpos que duelen o nos duelen, ya sea porque intentan poner en palabras lo inasible de esta sensación sufriente, o bien, porque nos hablan de la violencia descarnada sobre ciertas corporalidades.

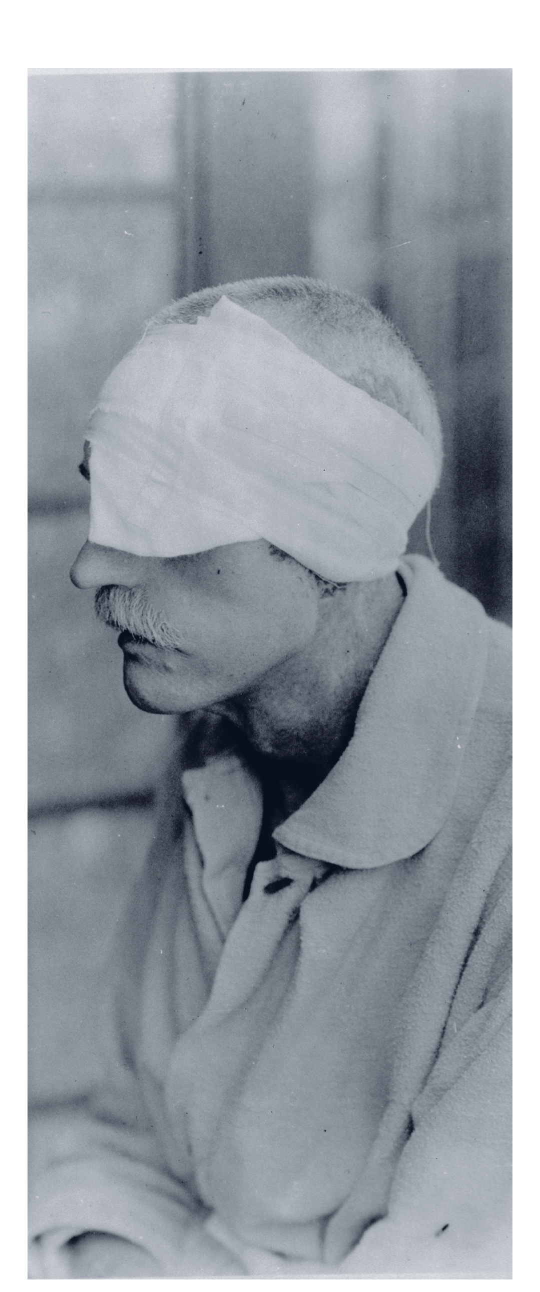
Quisiera destacar dos secciones que espero contagien la misma emoción que nos han producido al pensarlas. Por un lado, *Siluetra* compila textos e imágenes de una artista visual contemporánea de nuestra región: Marijose Romero Alonzo nos sumerge (de forma literal y metafórica) en imaginarios estéticos híbridos, sensuales y húmedos con sus poemas y sus pinturas al óleo. Una de ellas, por cierto, está plasmada en nuestros forros, ahí donde un pez anaranjado recibe a una nadadora entre sus fauces. *Hojas al viento*, por otro lado, se ha replanteado como una unidad dedicada a la traducción; es decir, un muestrario de textos en al menos dos idiomas. En esta ocasión nos acompaña una editora invitada, la doctora Margaret Shrimpton Masson de la UADY, quien se encargó de compilar poemas de escritoras caribeñas contemporáneas, mismos que presentamos en inglés y en español.

Me despido con profunda gratitud por el esfuerzo activo de las, los y les estudiantes de las licenciaturas en Comunicación y Lengua y Literatura Modernas, quienes han deseado sumarse al vertiginoso pero gratificante proceso de gestionar una revista literaria. Asimismo, quiero destacar y agradecer el trabajo de Marilú Pérez, persona fundamental para *alpiedelaletra*, tanto antes como ahora. Es un privilegio poder aprender de este gran equipo que seguimos formando.

David Loría Araujo
Coordinador Editorial

Acéfalo

Mario Salvatierra



Disable American Veterans of World War (c1931)
Imagen: Disabled veteran, Edward Hine Memorial Hospital.
New York Public Library | Dominio Público .

Hoy termina nuestra sociedad…
Largo tiempo nos hemos padecido, Cabeza,
como el matrimonio enemigo
que aún comparte las sábanas y el aire de la habitación,
y se reúne para comer una cena desabrida.
Te he padecido largo tiempo,
como la afección crónica
que se esconde en las espesuras del cuerpo
y reaparece con la sorpresa de una quema clandestina.

Creyéndote hábil estadista,
te cedí la administración de nuestra hacienda;
creyéndote maestro veterano,
te cedí el cuidado y la atención
de todo lo que para mí era valioso.

Permitiste que la techumbre se viniera abajo,
que el óxido averiara las máquinas
y las plagas devoraran el solar.
Con tus herramientas, trituraste nuestras manos;
verdes todavía, incineraste nuestros talentos;
castraste nuestra lengua cuando sólo era una cría.

Y no bastándote este daño,
metiste el corazón en un saco con piedras
y a plena luz del día lo arrojaste a las aguas.

Nos prometiste una vida próspera,
y ahora vivimos una existencia herida, áspera;
nos prometiste el arcón lleno, como una olla
que feliz desborda sobre la flama,
y hoy tenemos que malvender
hasta nuestra sombra
y abandonar estas ruinas.

Nuestra sociedad termina aquí, Cabeza.

Cervicalgia. Monólogo del académico

Mario Salvatierra



Star Pupil (1937) Imagen: Marion Walcott
New York Public Library | Dominio Público.

Según ciertos poetas neoplatónicos,
los *spiritelli* entran y salen por los ojos de los amantes,
como gusanos o alguna especie de ácaro amoroso.
Entran por las llamadas «ventanas del alma»
(aunque sean, más bien, los pozos del alma),
y se hacen camino hacia la cámara secreta del corazón
donde graban la imagen del amante.
Tras dejar esa pintura rupestre que nadie verá,
salen a la superficie sobre el vehículo de los suspiros.

Esto, evidentemente, es pura poesía.
La realidad es que el amor no es un diosecillo
ni un insecto que inocula su veneno en el torrente sanguíneo.
Se equivocaron los neoplatónicos.

El amor es una cervicalgia: ningún masaje,
ningún analgésico, alivia la molestia.
No hay almohada ni colchón cómodo
si el cuerpo amado está ausente
y su peso no contrarresta el peso
de nuestro propio cuerpo
y su dolor en el colchón.

El amor es un ácido que gotea sobre la frente del insomne.
El amor desordena el escritorio de trabajo, cambia de lugar
los libros del librero, revuelve notas y fichas.
El amor es una silla de tres patas
en la que insistimos sentarnos,
en la que insistimos darle la espalda al mundo.

Esto, los neoplatónicos, no lo intuyeron.



Grave Digger (1898) Imagen: Mayo & Weed
The New York Public Library | Dominio Público.

Un cometa de flamingos augura el desastre

Mario Salvatierra


Imagen: Biodiversity Heritagey | Dominio Público.

Entramos al poblado por el camino viejo
que se arrastra a través de arrecifes selváticos.
Atrás, la polvareda de ruido y rabia; atrás,
la ciudad y sus dientes y sus vidrios sin ojos.

En la dársena, las embarcaciones
incrustaban sus cruces oscuras contra el cielo,
derramaban la luz sobre el mantel del agua,
y algunos pescadores recogían el jugo
de la tarde en el vaso rajado de la risa.

La brisa nos atrajo a los arenales dormidos
de una playa aún libre de casas veraniegas.
Limpiamos los pies en el jardín azul del mar
y esperamos al vendedor, mientras veíamos
los galeones monstruosos de la Fata Morgana.

El hombre de la agencia inmobiliaria
nos llamó desde el camino: calvo, lentes oscuros,
uniforme de futbol, cadena de oro al cuello;
nos condujo hacia los inmuebles en venta.

Vimos lotes vacíos y obras negras con la hierba crecida
donde pronto sacrificarían a sus habitantes:
pájaros, zarigüeyas, iguanas, insectos armados
con aguijones lascivos y tenazas repulsivas
para defenderse de la carne blanda del invasor.

Vimos también algunas residencias inteligentes
con todas las comodidades del lujo, casas del futuro
en las que sólo los autómatas, en noches calurosas,
jugarán a las cartas; sólo ellos disfrutarán
desde las terrazas estos atardeceres violentos.

No muy convencidos por la oferta
nos despedimos del agente.
Se fue bailando el chachachá
en una camioneta brava de vidrios
polarizados como su modo de vida.

Una lluvia espontánea escupió
sobre nuestras intenciones de regresar a la playa,
así que nos subimos al coche, mudos,
dejando que los truenos hablaran por nosotros.

Volvimos a giro de rueda por el camino de arena.
Por la ventanilla la oscuridad agitada de los terrenos baldíos
hacía contraste con la inmovilidad de las casas iluminadas.

En el cielo, una llamarada de flamingos
pasó volando, huyendo de la lluvia
con la melancolía de un cometa ominoso.
Como ellos, nosotros también huimos del desastre
de la costa, las casas veraniegas y el amor.



Comet Gas sing, San Antonio, Texas (1982) Imagen: Jonh Margolies. Library of Congres | Dominio Público.

Imagen: Biodiversity Heritagey | Dominio Público.

Byrsonima crassifolia

Irma Torregrosa[1]

Mirabelle de Nancy (2007) Imagen: Jopa Elleul
The British Library Archive | Dominio Público.



Mientras separa y limpia la fruta,
mi abuela devora un nance picoteado por los pájaros.

Dentro de los frascos
los sabores duermen tranquilos;
anidan, se fortalecen.
La acidez se enternece dentro del aceite.
Lo dulce se agazapa detrás del alcohol.

En su mínimo cuerpo
el nance es un intento de sol.

Pero más allá del sabor concentrado,
mi abuela tiene otros motivos
mientras prepara la conserva.

Aunque siempre te digan
que la primavera y el verano traen consigo la abundancia,
no se puede estar segura, hija.

No sabemos
si el árbol será generoso
alguna otra vez.



Mirabelle de Nancy (2019) Imagen: Amoama07l
The British Library Archive | Dominio Público.

1 Los tres poemas de Irma Torregrosa que aparecen en esta edición son un adelanto del libro *Lugar de taxidermia* (Esdrújula, 2024).

Tamandua mexicana

Irma Torregrosa


Imagen: Biodiversity Heritagey | Dominio Público.

Un cachorro entra en el cuerpo de su madre
para cubrirse del frío.

Lleva muchos días haciendo lo mismo.

No sabe la muerte, pero la intuye
en la rigidez, la temperatura, los ojos abiertos.

Mientras, la descomposición trabaja:
las enzimas van rompiendo los tejidos
y la vida se fragmenta
en formas más pequeñas y más fuertes.

Porque no es cierto lo que dicen:
la muerte no se lo lleva todo.

Los cuerpos sólo se traducen,
vuelven a sitios en los que no recuerdan haber estado.

Ajeno a cualquier explicación,
un cachorro se cobija
en el recuerdo de un pulso;
habita en lo putrefacto, pero vivo.

No es cierto que la muerte se lo lleva todo.

Un cuerpo vacío
puede ser, también,
una casa.


Imagen: Biodiversity Heritagey | Dominio Público.

Quiscalus mexicanus

Irma Torregrosa



Imagen: Biodiversity Heritagey | Dominio Público.

Dos personas esperan, sin mirarse,
el cambio de luces del semáforo.

A sus pies, en las rejillas de la coladera,
hay un pájaro muerto desde hace algunas horas.

A sus pies, el plumaje azul de un *kau*
todavía destella —o será solamente
el reflejo de los faros
que golpean su negrura.

Han pasado varias horas
y nadie lo mira.

No hay mayor ceremonia
para un ave muerta en la orilla de la escarpa,
aunque sus plumas aún sostengan
los matices de la noche
que no termina de llegar.



Imagen: Biodiversity Heritagey | Dominio Público.

Escribo para conjurar a los fantasmas

Emma Kuyoc Altamira

Todas las noches apago la luz de la habitación.
Me siento frente a una mesa hecha de pino, pongo delante de mí una pequeña libreta y una vela encendida.
Sostengo con mi mano derecha un lápiz Mirado número 2 y con la izquierda doy pequeños golpes a la madera.

Toc,
toc,
toc.

Cierro los ojos e intento "escribir para conjurar a los fantasmas"[1],
a mis fantasmas,
de los que en algún momento me escondí
detrás de páginas vacías.

Toc,
toc,
toc.

Escucho que me hablan. Y pese a que hurgar en mis vivencias y recuerdos me produce escozor, lo hago.

Desde hace tiempo entendí que este oficio pertenece a las sombras,
donde se resguarda aquello de lo que se evita hablar,
de lo que resulta incómodo.

Atrapo todo lo que puedo y lo regreso al presente.
Luego empiezo a escribir hasta que siento una punzada en mi dedo anular.

Abro mis ojos y veo redactadas tantas cosas que había olvidado:
marcas rugosas en la piel,
cenas a medio terminar,
cuchillos de cocina,
infancias oxidadas,
silencios clavándose en la carne.

Ahora están ficcionalizadas.

Wife of Pomp Hall, writing on typewriter (1940) Imagen: Russell Lee
The New York Public Library | Dominio Público.

1 Fragmento del texto "Escribir (instrucciones imposibles)" de Sandra Lorenzano, incluido en el libro *El arte de aprender a escribir*.

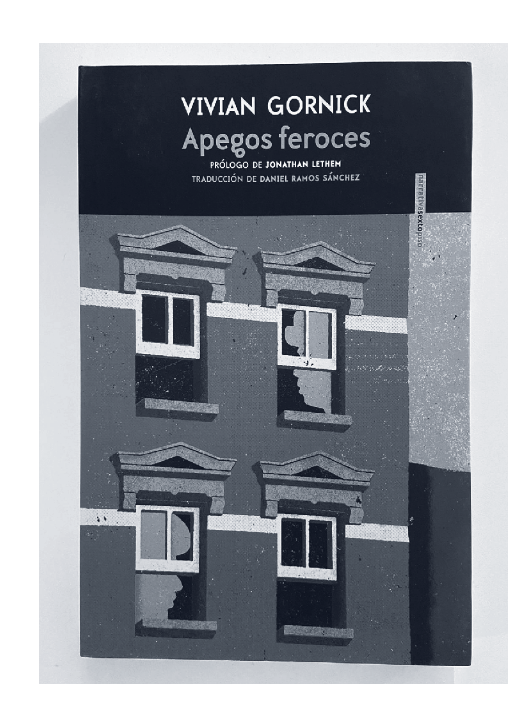
Actress Kathryn Grody in a still for the play "A mom's life" (1990) Imagen: Martha Swope
The New York Public Library | Dominio Público.



Marie Moe D. y Og Sissi Moe (1920)
Imagen: Municipal Archive of Trondheim | Dominio Público.

La madre de todas: sobre *Apegos feroces* (2017) de Vivian Gornick

Guadalupe Gerónimo Salaya



Pienso que, al igual que los gatos, nosotros no escogemos a los libros: ellos nos escogen a nosotros. Llegué a la narrativa de Vivian Gornick una noche de octubre después de correr bajo la lluvia y entrar a la primera cafetería que me prometía un poco de calor. Más allá del mesero, no había persona a quien observar. A veces es interesante escuchar, mirar de forma casual y hasta oler al comensal que está en la mesa de junto. La lluvia no daba tregua, así que saqué mi *epub* para leer alguna recomendación gratuita. Justo había terminado *Léxico familiar*, de Natalia Ginzburg, y el algoritmo me estaba recomendando autoras y libros parecidos. Aunque escuché su nombre más de una vez, sobre todo entre círculos feministas, no había leído nada de Gornick.

Cuando pasé de la primera línea, me enganchó: "Tengo ocho. Mi madre y yo salimos de nuestro apartamento, que da al rellano del segundo piso". Al principio pensé que *Apegos feroces* se trataba de una novela, y con esas expectativas descubrí que en realidad eran las memorias de la relación de la escritora con su madre. Hacía varios meses que la siniestra y solitaria tarea de maternar de distintas escritoras se había convertido en uno de mis intereses literarios. Esta vez estaba ante una maternidad narrada desde la experiencia de una hija, pero no cualquier hija, sino una que abordaba la sensación de ser paria de la generación de mujeres que nos criaron. Después de su ingreso a City College, Vivian Gornick y sus compañeros se convertirían en subversivos dentro de sus hogares, pues los puntos de vista, la manera de hablar y las lecturas que hacían los separaban de sus familias. Cada autor y cada cita eran un distanciamiento más.

A través de la lectura de este libro, conocí los paseos que Gornick hacía con su madre en las calles de Manhattan, mientras recordaban los nombres de personas que se perdieron en el tiempo. En su relato percibía una forma de asociación libre entre la madre y ella, donde surgían nombres de mujeres relacionados con anécdotas sobre hijos, maridos, sexualidad, ideologías políticas y algunos finales tristes. La mayoría habían vivido en los departamentos de su infancia en el Bronx.

Entre estas mujeres, hubo una vecina que tuvo una fuerte presencia en la formación de Gornick. Nettie era su nombre, y fue junto a su madre el ejemplo, instalado en su inconsciente, de lo que quería ser y no ser, según vamos leyendo entre líneas. Por eso, en cada relación que tiene con un hombre, los referentes de Gornick son estas dos mujeres: una en la eterna viudez y el duelo, la otra en la pasión y la libertad de su cuerpo. Historias que afloran desde la cocina en el Bronx y, ya en la madurez, se evocan durante las caminatas descubriendo recovecos en la gran urbe.

Un pasaje de su niñez —que encuentro maravilloso y hasta me hace pensar en mi propia madre, cada vez que regreso a él— nos cuenta la conexión entre estas mujeres y el mundo tras la ventana de la cocina. Toda la actividad humana se

manifiesta ahí a través de voces, chillidos y otros sonidos de la vida doméstica, que provienen del callejón y se meten por la ventana para ser interpretados y convertidos en historias, de manera fascinante, por la madre. Se trata de una habilidad que Gornick aprendió y llevó a la práctica para obtener hasta el más mínimo detalle de información de las personas y así darle un significado en la escritura.

Gornick vive una relación ambivalente con su madre. Por un lado, no puede conquistar una paz completa, a tal grado que esto llega a afectarle; por el otro, le resulta impensable alejarse de ella a pesar de soñar con escoger una vida diferente. Es este el material recuperado por su memoria, el cual luego pasa a la escritura mediante el flujo que se abre en su interior como un canal. Sinceridad sin tapujos y una escritura incisiva son los dos recursos capaces de evocar un momento en el que, no sólo se reconocen las virtudes de lo que fue, sino también se abordan los duelos por lo que habría sido. La madre de Gornick podría ser la madre de muchas; lo demuestra el éxito en ventas que tuvo la obra al ser traducida, por primera vez, al español en el 2017, a pesar de haberse publicado originalmente en 1987.

Después de ser emboscada por la lluvia, me propuse leer las memorias, pero los compromisos con otros textos y la atención que exigía un libro de este tipo no me lo permitieron. Fue hasta transcurrido un año, durante unas largas vacaciones, que pude disfrutar con calma de *Apegos feroces*. La lectura ocurrió en un momento de reposo para el cuerpo, pero de total inquietud para mi mente. Mi madre necesitaba descanso después de una operación ambulatoria que me había mantenido preocupada. Aunque todo llegó a buen puerto, desde aquella vez se alumbró en mí la verdad de que todos, incluso quienes nos dieron la vida, habrán de perderla, y no quedará más que nuestras memorias. Rememorar puede salvarnos, pero ahogarnos también: es la paradoja que asumimos al traer al presente las anécdotas y frases, no olvidadas, de quienes compartieron gran parte de su vida con nosotros.



Actress Kathryn Grody in a still for the play "A mom's life" (1990)
Imagen: Martha Swope | The New York Public Library | Dominio Público.

Palabras del cuerpo: angustia

María Elena González

El dolor viaja… como si alguien apretara con insistencia tu cerebro por dentro. Cierras los ojos y ves todas las ramificaciones nerviosas dentro de él, al rojo vivo; ese carmesí va fortaleciendo la intensa jaqueca. Las venas de las sienes golpean la piel, te regalan luces interrumpidas que parecen pequeños destellos: el indicio del dolor. Decides, entonces, tomar el fármaco: una diminuta pastilla debajo de la lengua te da tregua por un momento, pero te has fugado paralelamente a esos lugares que te provocan el estrés del que huyes.

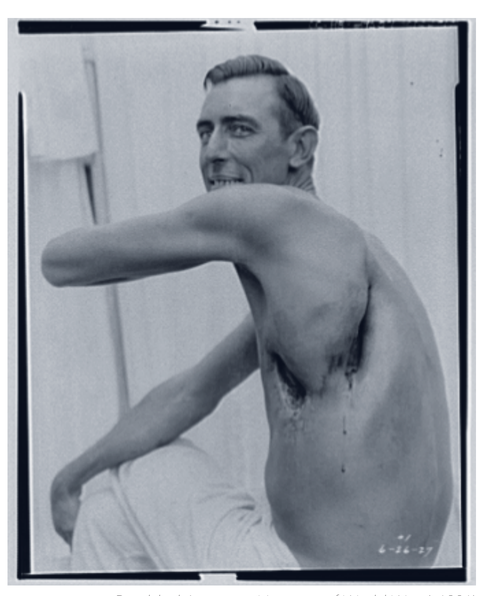
Te conoces muy bien, sabes qué hacer y qué evitar, pero tus nervios se disparan y no puedes impedir la ansiedad. Tu razón grita ¡PARA!, pero todas estas emociones te aniquilan. Esperas unos minutos: ya la pastilla está haciendo efecto.

Bajo el chorro de agua en la regadera —uno de tus lugares favoritos para calmar las palpitaciones en tus sienes—, intentas no pensar en nada, sobre todo en lo que originó esto. No fue la cafeína, ni el desvelo. Cierras los ojos. *¿Qué fue entonces?*

En tu mente giran ideas, recuerdos, ocasiones. Sueltas los hombros en un intento por relajarte y recuerdas la frase de Eugenides que escuchaste alguna vez: "La biología te da un cerebro… la vida la convierte en una mente". Piensas que todo es transformable en placer o dolor. Las incontables rutinas en nuestro día a día nos marcan con sus muchas vertientes que pueden crear controversia, sacarte de ti misma, arrastrarte a la locura, hacerte libre o aprisionarte. En filosofía, mente y conciencia podrían sonar como sinónimos. Se alude a la conciencia como la percepción del "yo", ese yo que interactúa con lo cotidiano, cree en lo común y perece en lo individual.

En la oscuridad de la noche tu mente se llena de pensamientos que no puedes poner en práctica. Te levantas y ves por la ventana de la habitación. *¿Por qué no puedes dormir?, ¿qué te somete al insomnio?* Afuera, la luna intenta contrastar tus emociones con su halo de calma, pero los latidos de tu corazón se ralentizan. Hay algo inconsciente en tu manera de pensar y actuar que te lleva a respuestas no razonadas, aprendidas para sobrevivir. Caminas por la vida con el nerviosismo pegado al cuerpo, enarbolada de estrés. Y todo duele: duele la espalda, el trapecio, ese músculo que sostiene tu cuello y se llena de tensión cuando, a las cuatro de la madrugada, el cerebro se pone alerta, y despiertas en la oscuridad. *¿Cómo sobrevives a las respuestas que te da la rutina, a esa rutina agobiante que no cambia, a los estándares marcados por la sociedad, los amigos, tú misma?*

Así como la vida te lleva por caminos insospechados, el dormir es necesario. El sueño lo envuelve todo. Entonces en la cama —en el habitáculo de la sinrazón— debes tejer una idea, apegarte a ella, tratar de entenderla. Pero no puedes. Es más fácil negarlo, aunque sabes que al final te saltará encima. *¿Para qué hacerlo?* Bien decía Jung: "Lo que niegas te somete, lo que aceptas te transforma".



Disabled American Veterans of World War (c1931)
Imagen: Library of Congress | Dominio Público.

Miras dentro de ti: no hay respuestas, sólo recuerdos dolorosos que cabalgan con rapidez y arremeten contra tu memoria... Parten desde la adolescencia, no de tu niñez. El inconsciente tiene que ver con actos reprimidos, situaciones en tu pasado que te han causado traumas.

Cierras los ojos, ya el día se anuncia. El ritmo de la rutina va apretando y no permite tregua. Todo en estos tiempos te conduce a analizar tu interior. Te sientes fatigada. Entonces, el dolor aparece: un adormecimiento en el cuello amenaza con subir por el tallo cerebral hasta alcanzar el lado derecho o izquierdo. Es una dureza incontrolable y persistente. No puedes pensar más allá. Se nublan tus porqués, aunque los pensamientos no te sueltan. Vives encerrada en un caparazón, mostrando a los demás sólo lo que quieres que vean.

Huyes de tus debilidades. Te preocupas más por los demás que por ti misma y eso te contractura. Los traumatólogos dicen que los dolores de espalda tienen un significado emocional. Tus músculos punzan, se contraen por la falta de comunicación, la falta de flexibilidad ante la vida. Pero no puedes con todo y una imagen se dispara: un recuerdo. Es el pasado como una telaraña que, con sutileza, se pega a tu rostro y a tu cuerpo. Sientes los delgados hilos de la evocación resbalar suavemente, pero nunca los dejas caer; tal vez todo sería más sencillo si los dejaras ir. Sin embargo, ahí se quedan, pegajosos e inciertos deslizan sensaciones en tu día a día que se incrustan en todo tu cuerpo, creando incluso enfermedades que dependen ya no sólo de una pastilla para la cabeza, sino ahora de un antidepresivo.

No quieres ser igual a todas. *La depresión es como una moda. La enfermedad del siglo.* ¿Por qué vas por la vida caminando tan deprisa, exigiéndote la perfección? Es una carrera aterradora, un monstruo que te sigue en forma de culpa, miedo, dudas, que acerca y aleja esa valla que te llevará al lado luminoso. Recuerdas de nuevo a Jung: "La depresión es como una señora de negro; si llega, no la expulses, más bien invítala como un comensal en la mesa, y escucha lo que tiene que decir". Tal vez es tiempo de fraternizar contigo misma, entender la tranquilidad como un sueño atrapado dentro de una botella llena de abejas: si no la contemplas no dejará de zumbar y sólo será eso… ruido.

Pero el ruido viene acompañado, disfrazado de silencio. La señora de negro te sigue por las calles, está en tu trabajo, se topa contigo en la esquina de tu tranquilidad y te la arrebata. Su vestido esconde inseguridad, dolor y tristeza. Es difícil hacerla a un lado. Es como una invitada especial en cada casa. Se aparece ya no sólo en tus sueños, sino en tu sofá de la sala. Aprendes a vivir con ella, con el dolor provocado que te ata a cada minuto. Reconoces que tus manos —esas que aman, trabajan, hornean, escriben y pintan— se adormecen. Abres y cierras los dedos, haces que bailen siguiendo una melodía, la de tu desesperación. Es imposible, no quieres un comensal así en tu mesa, aunque sabes que la señora de negro es parte del banquete.

El día comienza y decides apostarle a eso. Es más fácil distraerte en la luz porque la noche siempre apabulla, contrae las ideas. El día nos muestra misericordia, claridad. *¿Qué más se puede entender? ¿Eres escuchada?*

Es fácil entregar tus porqués, pareciera que tienen vida propia. Escupes tus ideas con inquietud en un intento por hacerte comprender, cuando lo único que buscas es un silencio que te reconforte. Entras al consultorio del neurólogo, sus diplomas y certificados te hacen sentir pequeña. El sillón arropa tu cuerpo y la sonrisa a medio discurrir del doctor te parece cálida. Comienzas tu discurso, lo sabes de memoria, las palabras corren solas, eslabonadas de esperanza, comienzan a subir por los muros y a sujetarse por las esquinas. Entonces, miras sus ojos: no dicen nada; son huecos y profundos como tu insomnio. Te observa desde la conmiseración que tú no deseas. Cada centímetro de esos pensamientos silenciosos y alargados te cae encima. *¿A quién acudir? ¿Cómo resolver el dolor que sientes: la migraña que hace saltar tus venas, el trapecio, la espalda que carga tus emociones?*

Cierras los ojos, llevas los dedos de tus manos hacía tus sienes y las masajeas. El dolor comienza a viajar como si alguien apretara constantemente tu cerebro por dentro. Te levantas y sales sin decir nada. Recuerdas que, en la sala de espera, la mujer vestida de negro te sonríe.



Mr. Francis Lee of Boston, Mass (1904) Imagen: Gertude Käsebier
Library of Congress | Dominio Público.



Hospital Beds (1934) Imagen: Tiberias Scots Mission Hospital | Library of Congress | Dominio Público.

Mientras dormía: respuesta a las cartas que alguna vez te envié

Marigaby Martínez Enseñat

¿Cuántas veces me desperté en medio de la noche y tú estabas aquí cuidando de mi sueño? ¿Cuántas veces me despertaste en una cama mojada, después de las pesadillas, llorando? ¿Cuántas veces mal dormiste sabiendo que estaba enferma?

Mamá, cuando nací no volviste a ser una, cuando nací fuimos dos. A veces no lo quiero, niego que este cuerpo igual te pertenece, pero no puedo separarme de este lazo que nos ata. Mamá, tú me trajiste, tú y yo nacimos juntas.

Tengo muchos nombres, la mayoría me los has dado tú: Mari, Marigaby, Gabriela; tu niña del coro, tu tesoro, la maruquita. Tú también tienes muchos nombres: eres mamá, mami, Doña Gaby, Gabriela, mamita. Nombrarlos, siempre de diferentes formas, se ha convertido en una dinámica de comunicación, donde depende del acento y de la ternura lo que intentamos transmitirnos: nos nombramos de diferentes formas, dependiendo de cómo nos sentimos o la dinámica entre nosotras, dando vueltas entre la incomodidad de no entendernos y sí hacerlo. A veces es a gritos, pero no dejamos de llamarnos con mil y un nombres diferentes, no dejamos de evocarnos la una a la otra, de pedir nuestra presencia con el lenguaje que tú misma me enseñaste. Y es que ni había nacido y tú ya me llamabas, ya me nombrabas, ya me sentías. Mi presencia fue una contigo mucho antes de que yo fuese una conmigo misma.

A veces siento enojo de que mi primera palabra no fuese tu nombre: primera marca de este ser rebelde y cruel que tú hiciste. Tú ya me evocabas, mamá, pero yo aún no te respondía, al menos no con palabras. Lo primero que dije fue Chanty, apodo de mi papá, lo cual es muy gracioso porque tú y yo sabemos que él nunca estuvo ahí, nunca me encontró ni me enseñó las palabras. Él solo fue nombre, padre, pero no fuimos uno.

Mamá, tú me enseñaste a hablar. Te sentabas a mi lado y me susurrabas todo el abecedario. Mamá, tú me enseñaste a conocer el mundo, me enseñaste a adueñarnos de él con el lenguaje.

Mami:
Gracias por confiar en mí y por estar siempre conmigo. Te quiero, te adoro, te amo.
Tú me iluminas el camino como el sol y cuando tengas un día gris te daré un pincel amarillo.
2008

Toda la vida me he visto rodeada de letras. El primer contacto fue a través de las cartas. Me escribías en mi cumpleaños, en Navidad, tanto si era un día bueno como uno malo. Cuando comencé a escribir me enseñaste a redactarlas: inicia con un *querida* y termina con un *te amo*. Dijiste que era una buena forma de dejar mis sentimientos asentados, de convertirlos en algo, de sacarlos.



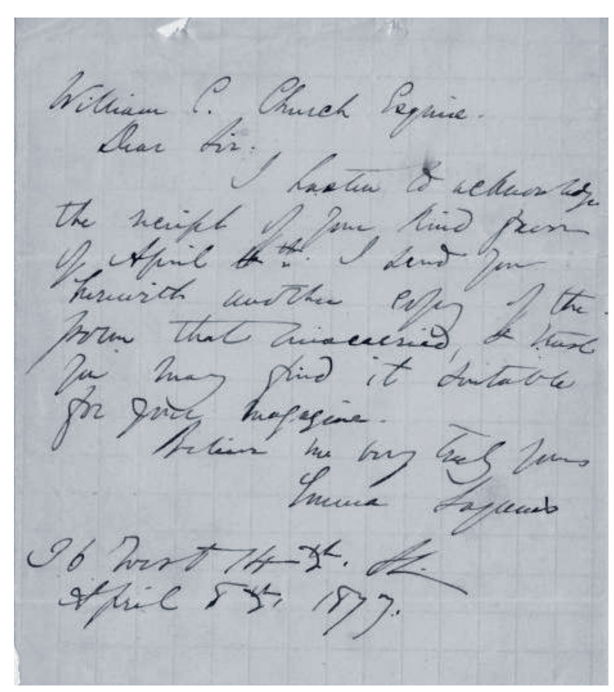
Mary Pickford writing at a desk (c1918)
Imagen: Library of Congress | Dominio Público.

A tu lado las palabras siempre fueron consuelo y los libros siempre fueron hogar. Me leías antes de dormir y, cuando eso no era suficiente, me cantabas, sin importar lo cansada que estabas o el enojo de mi papá. No importaba nada más que ese momento sagrado entre tú y yo. Es curioso que me crecieras de esa manera, porque yo sé que tú no creciste así: rodeada de libros, cuentos antes de dormir, canciones de cuna, murmullos de media noche y cartas de buenos días. A veces me gusta imaginar que lo hiciste para regalarme algo que en nuestra casa siempre faltaba. Tal vez pensaste que, si me leías quedito, en una casa donde no faltaban los gritos, me enseñarías sobre la ternura.

Pero no lo sé, no lo sé porque nunca te he preguntado y siempre he temido. Lo que sí sé es que, aunque no creciste como yo crecí, tu madre fue quien te enseñó a escribir cartas. Así como la madre de mi abuela le enseñó a escribir cartas a su hija. *Deposita todo lo que quieras decir aquí*, nos dijeron, generación tras generación, señalando la hoja de papel. Ahora veo esas palabras y me duele porque sé que, para ti, para mi abuela y para todas esas mujeres antiguas, era el único lugar donde gritaban en silencio. Crecer viene con algo muy feo, mamá: aprendes a leer donde antes había espacios en blanco.

> *Mamá:*
> *Gracias por la vida.*
> *Gracias por estar ahí todas esas noches en las que no dejaba de llorar. Tu belleza sin igual me ha de calmar y he de recordar. Mami yo por ti todo haría. Te quiero tanto. Mami tu nombre es sencillo de pronunciar y de escribir, tan especial eres para mí, te quiero mucho mamita.*
> *2012*

La mayoría de mis cartas estaban dedicadas a ti, ¿te acuerdas? Otras tantas a mi abuela y unas pocas al propio Dios. Comencé a crear cartas apenas aprendí a escribir, y es que aprendí con mucho dolor. Fui una niña especial, de esas a las que los maestros ven con tristeza, de esas a las que las cosas les llegan con mucho trabajo. Si no podía saltar (ni sabía cómo hacerlo) con mis pies que nacieron para estar sobre el suelo, ¿cómo iba a escribir con la mano que no entendía nada? En la escuela primaria, cuando tenía 10 años, los maestros te dijeron: *Cómprele una computadora, su escritura nunca va a mejorar. La computadora escribirá por ella*. Pero tú no te rendiste.


William C. Church Esquire.
Dear Sir:
I hasten to acknowledge the receipt of your kind favor of April 4th. I send you herewith another copy of the poem that miscarried, & trust you may find it suitable for your magazine.
Believe me very truly yours
Emma Lazarus
96 West 14th St.
April 5th 1877.

Emma Lazarus correspondence april 8, 1877 (1877) Imagen: Emma Lazarus The New York Public Library | Dominio Público.

Dime, mamá, ¿cuántas noches te desvelaste pensando en mi futuro? Recuerdo que a los 6 años, cuando me llevaste por primera vez a hacerme una resonancia magnética funcional, para la cual tuve que quedarme despierta toda la noche, convertiste el desvelo en una pijamada. Yo no sabía que había algo mal en mí, algo que teníamos que checar, porque hiciste de ir al doctor y hacer pruebas en mi cerebro algo de lo cual podía reírme, sin preocuparme, sin tomármelo tan en serio. Ahora me pregunto si lloraste, si fue difícil mantenerme calmada. Mamá, ¿alguna vez fui un caso perdido para ti, como decían mis maestros? Mamá, ¿alguna vez te rendiste?

Mientras crecía no importaba cuánto trabajo me costaba (o cuánto trabajo me sigue costando), yo amaba la sensación del lápiz en mano, amaba crear algo y tú llorabas, llorabas viéndome intentar e intentar. Mi esfuerzo nunca era suficiente. Todavía conservo algunas de esas simples oraciones, con mi letra de garabato, que con mucho cariño junté. Cuando apenas medio aprendí a escribir, nunca más paré. Mis primeros poemas son de cuando tenía seis años, cuando no sabía qué era la rima, ni la métrica; cuando solo buscaba letras que me hablaran de mí, y las juntaba para intentar mostrar mi mundo.

Aún conservo las cartas ilegibles que te escribí. Esas primeras cartas de infancia están llenas de un amor muy inocente que, poco a poco, fue desapareciendo. No sé cómo pasó, pero un día las

cartas de amor y nuestra relación se detuvieron. Permanecimos siempre unidas, sí, pero porque compartimos cuerpo y ya no tanto alma. Las cartas que te escribí de los 14 a los 17 años están llenas de gritos, de señalamientos, de mí no siendo suficiente y de un odio tan grande hacia ti que a veces creo que era miedo. Son un recordatorio de lo feo que es sentir, de lo cruel que puedo llegar a ser, del poder que existe en aprender a hablar, nombrar y escribir.

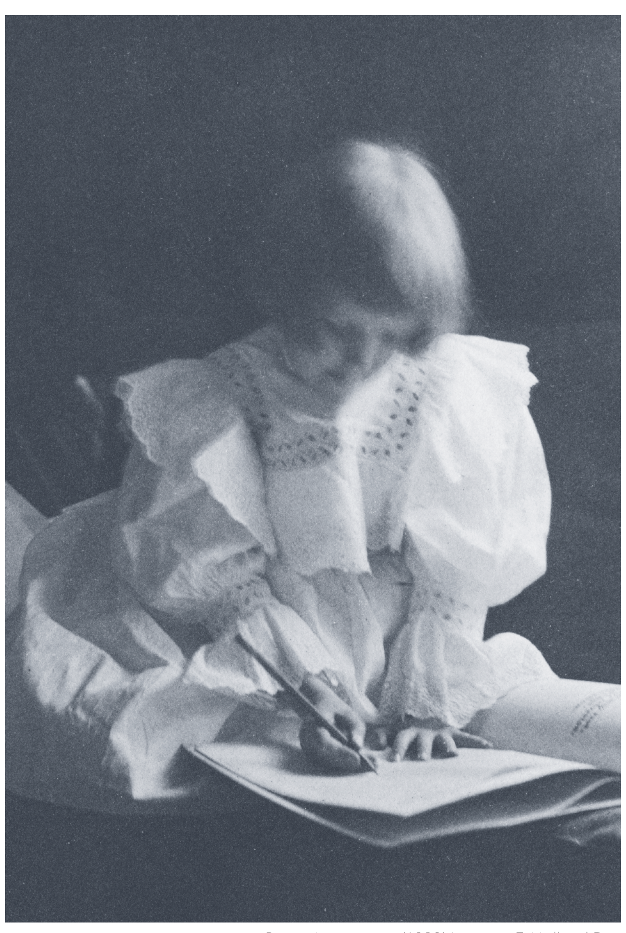
Mamá:
Yo sé lo mal hija que soy. Sé lo difícil que es tratar conmigo, sé lo cruel que llego a ser.
Sé que soy terrible, una maldita, sé que cuando alguien grita en la casa es culpa mía.
No tienes que recordarme el fracaso de persona que soy, o lo conflictiva.
Si alguien odia a alguien en esta vida,
esa soy yo y mi odio por mí misma.
2014

Me he construido, letra por letra, a través del lenguaje que me enseñaste, pero a veces me pregunto cuántas veces tú te has construido y cuántas veces te has derrumbado. Si me dijeras que quien eres hoy es igual a quien fuiste a mi edad no podría creerte. He visto las fotos y escuchado las anécdotas: esa Gaby que narra se parece más a quien soy yo ahora en mis veinte años, que a quien eres tú a tus cincuenta. Esa Gaby de las fotografías se ve libre, joven, feliz; y la verdad es que, mamá, tú hoy no te ves feliz, sino poseída por el peso de los años y los fracasos. Mamá, me da miedo preguntarte si te arrepientes. Si pudieras retroceder el tiempo, ¿lo harías todo igual? Creo que me dirías que sí, que sí lo harías todo de nuevo: que sí te casarías con el hombre que casi te mata, que sí tendrías hijos, que sí me tendrías a mí.

Pero la verdad, mamá, veo las fotos de tu juventud y no te reconozco, veo tu pasado y añoro que pudieras recuperarlo. Me siento egoísta. Deseo que me respondas que no, que no valió la pena, que si pudieras retroceder el tiempo te pondrías a ti primero. Nací porque tú así lo quisiste, confeccionando sueños en mi mirada. Trabajaste para alimentarme y me cuidaste de la mejor manera posible, pero al final yo soy yo.

Y soy un yo muy diferente a la niña que llamas tu tesoro, soy un yo egoísta, haciendo la vida que quiero, olvidando los sueños y esperanzas que depositaste en mí, dando por sentado todo lo que sacrificaste al tenerme, quedándome en silencio, prefiriendo no escuchar tu verdad como tú has escuchado la mía.

Mamá:
Pensé que ya estaba mejorando.
Sé cuánto haces por mí, cuánto te sacrificas.
Perdóname por ser tan mala hija.
Yo quería estar contigo hoy que volvía, quería dormir a tu lado, estaba segura de que las cosas iban a estar bien
y ahora estoy sola en mi cuarto.
2017



Peggy Lee writing (1898) Imagen: F. Holland Day :Library of Congress | Dominio Público.

Traspasar las fronteras: sobre *De fronteras* de Claudia Hernández

Edwina Sánchez Orozco

Sería pretencioso afirmar que es posible saber la historia de una persona sin haberla conocido, pero sí podemos echar un vistazo a su alma, y las narraciones de Claudia Hernández son la prueba de ello. Nacida en 1975, la escritora salvadoreña nos presenta su libro *De fronteras*, un conjunto de relatos que exceden lo que nuestros ojos quieren ver. Historias que nos transmiten la exquisitez de lo nauseabundo, narradas desde la voz de una mujer que manifiesta en sus letras una innegable verdad: el ser humano es todo menos humano. Cada cuento nos sumerge en una latente incomodidad, mientras remamos contra una belleza turbulenta, que a su vez exhibe nuestra más oscura crueldad.

De los 16 relatos que incluye el libro, tres son clave fundamental para interpretar la fragmentación del vínculo social y la disolución del concepto de bondad, ya que cargan sobre cada uno de sus párrafos distintas tragedias vividas por los personajes. "Un demonio de segunda mano" nos lleva más allá de nosotros, colocándonos entre el morbo y la inquietud. La historia gira en torno a un hombre y un demonio que, por azares del destino, terminan viviendo juntos. No revelaré el trágico final, pero sí haré énfasis en la hermosura que se puede divisar incluso en lo grotesco. No volvemos a soñar con los ojos abiertos al encontrar encantador algo tan atroz.

Como si perdernos en las cuencas vacías de un demonio no fuera suficiente, nos tropezamos con la "Trampa para cucarachas #17". Observamos con asombro la vida de un joven soñador que va perdiendo su luz, al tiempo que adquiere un gusto enfermizo por la podredumbre, embelesado con la idea de vivir en ella. Todo esto narrado en un cuento lúgubre y gris, cuyas oraciones nos quitan el apetito mas no las ganas de leer. Es la historia con más anclaje en lo real, ya que no podemos negar que hoy en día el ser humano abandona sus sueños con facilidad, como si fueran trapos sucios decorando basureros. Por cada sueño cumplido hay un hombre sentado en el alféizar, tragando cucarachas.

Cabe aclarar que no todo es agrio e inquietante: la autora nos regala un cuento dentro de una obra guiada por la tristeza de una sociedad perdida que, pese a no saberlo, yace muerta. "Molestias de tener un rinoceronte" posee algo que ningún otro: la capacidad de regresarnos a nosotros mismos después de un baño de pesadillas sangrientas. La mejor forma de comenzar una historia amarga es sembrar esperanza. Rompemos las fronteras entre una vida privilegiada y la realidad, nadando dentro de una sociedad frívola y carente de moral, donde yacen cuerpos mutilados y corazones sin arterias.

Como una mariposa con el don de la ignorancia, volamos a través de la contaminación humana y nos impregnamos de su impureza. No hay mejor método para desarrollar la empatía que la que Hernández ofrece: nos arranca las alas un instante para que seamos capaces de apreciar experiencias que no son distantes, no tienen fronteras y de las cuales algún día podríamos ser protagonistas.





Como el sueño de la esposa delpescador pero con un mochi de matcha (2023) Imagen: Marijose Romero Catálogo personal

Conchas, mujeres-perla, moluscos y bañistas

María José Bisogno Sauri



Marijose: La concepción de un imaginario (2019) Imagen: Marijose Romero | Catálogo personal

Como el pez difícil de encontrar en los mismos mares es la obra de Marijose. Conchas, mujeres-perla, moluscos y bañistas en sueños piscinísticos son las figuras que habitan su gran pecera artística. Al fondo de ella, no hay un musgo nauseabundo, más bien coexisten, de un modo tan vivo y sedante, los aromas del color verde y del rosa. En ocasiones, un verde ilumina a varios amantes que se desbordan en deseo y se deshacen en besos ininterrumpidos dentro de acuarios o saunas. Otras veces, un rosa que se trasluce en la piel de mujeres sirena o de gatos curiosos que se acercan a observar las distintas siluetas marinas. En su obra, pervive a la vez una manera compleja de indagar los límites entre lo animal y lo femenino; un vaivén entre ser una mujer comida por un pez o pulpo y ser un animal al mismo tiempo que una mujer. Ofrece una vida en completa fusión, donde lo onírico y lo acuático es lo real, y lo que sobrevive a cualquier medio de arte que su autora elija, ya fuere el performance, el arte multimedia, la pintura al óleo, el collage o las imágenes hechas con inteligencia artificial. Todo es juego, voluptuosidad, erotismo y dulzura. No hay contradicción en los encuentros afrodisiacos; todo está permitido. Así como el agua, el deseo alcanza a todas partes, y todo lo toca sin estancarse. El cuerpo está como espacio libre a cualquier caída y como sitio en el que anidan los apetitos.

Marijose Romero, una artista multifacética

Alitzel Escamilla Haas

Marijose Romero nació en Cancún en 1996. Egresada de la Licenciatura en Audio y Multimedia de la Universidad Tecnológica Turística Total y de la Licenciatura en Artes Visuales de la ESAY (ahora UNAY), es una artista visual y de la palabra que se nutre constantemente de las múltiples realidades de su entorno, para plasmar, reivindicar y reapropiarse de las distintas experiencias periféricas que se viven dentro de él. Por ejemplo, en su poema-performance "Me tienes ganas" (2020), expone las violencias del *all inclusive* y la idea ilusoria del deseo, enfocándose en cómo su ciudad natal se manifiesta como un paraíso turístico:

> *Me tienes ganas. Quieres estar aquí conmigo en esta agua. En este hotel como aquella vez [...] No hay mayor deseo que estar conmigo. Juntos, en el mar, ser el mar, ser la fantasía del mar azul construido de mí para ti. Todo lo que soy es para ti. Tómalo Tómame. Supiste de mí, soy todo lo que te gusta (Romero, 2020).*

La poeta se vale de objetos deseables en el imaginario vacacional, como lujos, paisajes exóticos y personajes que seducen, alineados con las realidades y narrativas fabricadas para saciar la sed que produce el paraíso.

Crecer en una *casi isla* empapada de aguas caribeñas la formó como una observadora de peces, aves y moluscos. Su poesía nos muestra que el cielo, nuestra esencia primordial, no está en la tierra sino en el mar. En sus poemas "Madreperla" y "Lo preciso del splash", Romero plantea al agua y a los animales que convergen en ella como los actores principales de la manifestación del amor y el deseo. Los moluscos: el abulón, la madreperla y el bivalvo hacen referencia a la diosa Venus y a los órganos sexuales femeninos, reiterando la relación ancestral entre las aguas y la feminidad. Así mismo, los versos "y al terminarlo escribí en mi diario 'quiero decirle que la amo'" y "ya te quiero hacer hentai hacerte hentai mmm hentai" denotan la presencia del amor y unión sáfica. Así mismo, el uso de líricas pertenecientes a canciones de reggaetón, como "Hentai" (2022) de Rosalía, permite la convergencia y la disolución de los márgenes entre la cultura popular y literatura culta. Este es uno de los sellos característicos de la obra de Marijose Romero, ya que en su poesía se desarticula la idea de que lo literario sólo se limita a lo clásico y lo rígido, a la par que nos deleita con versos cargados de originalidad y frescura.

En sus poemas, Marijose habla del deseo femenino sin censura. Nos construye como "domadora[s] en bikini verde fluorescente" y "experta[s] buceadora[s] en bikini verde", al mismo tiempo que retoma parte del imaginario de la décima musa en construcciones como "soy devota a mi pensamiento, a mi mirada y al estudio y busco mantenerme curiosa" pues, como sabemos, Sor Juana fue una de las escritoras y eruditas más importantes del México Virreinal, reconocida por su gran intelecto, su curiosidad hacia el conocimiento y su creatividad en la composición. Esta parte de la obra del "Fénix de América", donde combina la lírica y la música, es bastante similar al empleo de la sonoridad y los versos en los poemas de nuestra autora. Marijose, desde su arte multifacético, visibiliza la imagen de mujeres inteligentes, que sienten y desean sin miedo, sin reprimirse.

madreperla

Marijose Romero

El primer beso en una cita romántica I (2023)
Imagen: Marijose Romero | Catálogo personal

piensa tú
en la madreperla
en el cultivo de abulón
y de otros moluscos
en la concentración de los placeres
en el imperio de lágrimas de las diosas
o en la prohibición del uso de su llanto divino

la madreperla, en su glándula hepática, secreta sustancias nacaradas
y las expertas buceadoras se encargan del cuidado

la cría del caimán en cautiverio
una domadora en bikini verde fluorescente se asegura del crecimiento
de la audacia y de los colmillos

mira tú, la lengua del caimán
mira tú, se ha comido a una garza
y no hay perla que nos pueda salvar del futuro

madreperla
escucha esta plegaria te cultivaré
me iré a japón en una balsa
y remaré y remaré
me convertiré en ama
incluso hasta cuando la abertura bivalvia duela

madreperla, tú y yo
ya no más hoteles frente al mar sino piscinas semiolímpicas
creí que ya no iría al delirio
pero la madreperla brilla tan fuerte mi nombre
no hay contención sino desbordemadreperla

un aliento huracán un aliento el del beso sofocado
caída en picada
la piscina tiene trece metros de profundidad
y es que no soporto
el filo es a la piel
la mano es al culo
por favor, contrólate *ya YA ya*
ya te quiero hacer hentai hacerte hentai
mmm hentai



Variante de sueño piscinístico I (2023)
Imagen: Marijose Romero | Catálogo personal

bebé te quiero comer YA ya ya
y el caimán es a la perla cual carnosidad blanda
y la amplia lengua es a la cama del brillo de la humedad
nado sincronizado de tres mujeres una perla
varias manos al caimán
y yo
una experta buceadora en bikini verde
en la fosa del estómago del reptil.



Sueños piscinísticos I (2021)
Imagen: Marijose Romero | Catálogo personal

Lo preciso del splash

Marijose Romero

Lo preciso del splash es su onomatopeya
Lo preciso de mí
es la pasión

Annie Ernaux dijo:
"No quiero explicar mi pasión
pues equivaldría a considerarla un error
o un desvarío por lo que hay que justificarse
prefiero
sencillamente
exponerla".

SPLASH
la salpicadura de un jacuzzi
tiro
pura pasión
y el impacto es mi caída
SPLASH
ese es mi deseo:
asistir a natación y que cada quien tenga su propia piscina
en voz alta
dejo sentir la doble retina de las almejas
ellas tienen doscientos ojos y dos retinas
sistemas que interpretan la luz en señales eléctricas para su cerebro
dos retinas doscientos ojos
y no termino de entender cómo interpretan la imagen

recuerda la onomatopeya splash
incluso el detalle del agua penetrada
habita fonéticamente en el entendimiento
doscientos ojos: la ensoñación del relato abierto



La progresión de cómo se siente un buen beso en una cita (sube el nivel del agua en la pecera) II (2023)
Imagen: Marijose Romero | Catálogo personal

En diciembre, días antes de mi cambio de edad a veintiséis fui a la biblioteca
“Leer mata” dice Luna Miguel
y sucedió de principio a fin
y al terminarlo escribí en mi diario
quiero decirle que la amo
que soy suya que le rindo mi todo que soy su súbdita
que me he imaginado escribiendo sobre ella a lo largo de mi vida
viviendo… respecto a ella
sintiéndome… respecto a ella
¿…en tanto a mí? anhelo
tener un buen futuro
pues soy devota a mi pensamiento, a mi mirada y al estudio
y busco mantenerme curiosa

Llevo sólo un rato de haber cerrado el libro y siento que floto
y con alguna sensación gustosa en el pecho
seguro amor

La leí en voz alta de principio a fin
y la amo
y la amo en voz alta
salí de la biblioteca flotando
pensando en lo feliz que soy de leer y ser persona de pasión

Luna folla y lee intercaladamente con su amante
Yo me someto a la bibliografía de Luna en tanto puedo
erotizo su inteligencia
Luna y su amante intercambian mensajes
ella le dice *puedo pensar con contundencia alrededor de la literatura*
y al mismo tiempo estar mojadísima
Luna describe la lectura de James Joyce como *esfuerzo y neurosis*
Yo describo la lectura de Luna
como un acto de generosidad a mi perpetua sed
La amo, la amo y la amo

Pienso en hacer un cortometraje de autoficción
una Marijose hablando con sus peces sobre sus autoras favoritas
amo tanto la mente de Amélie Nothomb,
lo único que me queda es inundarme en ella
todo se mezcla, Luna, Annie, Amélie y el culo de Molly Bloom: un mochi
que es una imagen de Luna, ella diría *muy joyciana*

Yo creo que leer, más bien, me aferra a la vida
el hambre es el ansia de seguir viviendo

dos mochis rosas se frotan en mis labios
proyección de oleaje en la cama
proyecciones en el cuarto bajo el agua
un jacuzzi lleno de almejas
sé que mi pasión es doscientos ojos una almeja en un jacuzzi
y mi shunga favorito es aquel
donde se muestra una embarcación surcando el interior de un muslo





Las mujeres, las almejas y la observación II (2023)
Imagen: Marijose Romero | Catálogo personal

leer a Amélie Nothomb es expandir el pensamiento en somatización
la condena es el desvarío de mi furor
entiéndanme que
si amo es porque ansío pensamiento
movimiento-perfumado splash-desparramarme
en el culo de mi ser amado
un mochi, dos mochis, un beso de tressshoras
Luna, Annie, Amélie
surcar el interior de mis muslos altamar
doscientos ojos un jacuzzi y el hidromasaje
pero nada podrá colmar el capricho de esta insatisfacción
un deseo que al alimentarlo amplía sus límites:
mientras más leo
siento que más desconozco
mientras más sostengo en la voz
más amplia quiero la lengua
mientras más tiempo paso con
Luna Miguel, Amélie Nothomb y Annie Ernaux
más me derramo en la pura pasión
que es la sed de leerlas para no morir
y de querer entender cómo las almejas
procesan la imagen con sus doscientos ojos.



Piscina va al mar (2021) Imagen: Marijose Romero | Catálogo personal





Recostarse junto al mar sobre una almohada-mochi IV (2023)
Imagen: Marijose Romero | Catálogo personal

Memorias del agua: tres poetas caribeñas

Margaret Shrimpton Masson
Universidad Autónoma de Yucatán

> archipelago: fragments: a geological plate being crushed by the pacific's curve, cracking open yucatan; the arctic/north american monolith: hence cuba, hispaniola, puerto rico: continental outriders and the dust of the bahamas. atlantic Africa pushing up the beaches of our eastern seawards
>
> Edward Kamau Brathwaite, 1975

En esta sección de *alpiedelaletra* tenemos el placer de compartir una breve selección bilingüe de poetas mujeres del Caribe anglófono.

A continuación, podrán leer "Hurricane Hits England", de la poeta guyanesa Grace Nichols (1950-); "Mama Water", de la poeta jamaiquina Donna Aza Weir-Soley (1965-); e "In the Shallow Seas", de la poeta bahamense Marion Bethel (1953-).

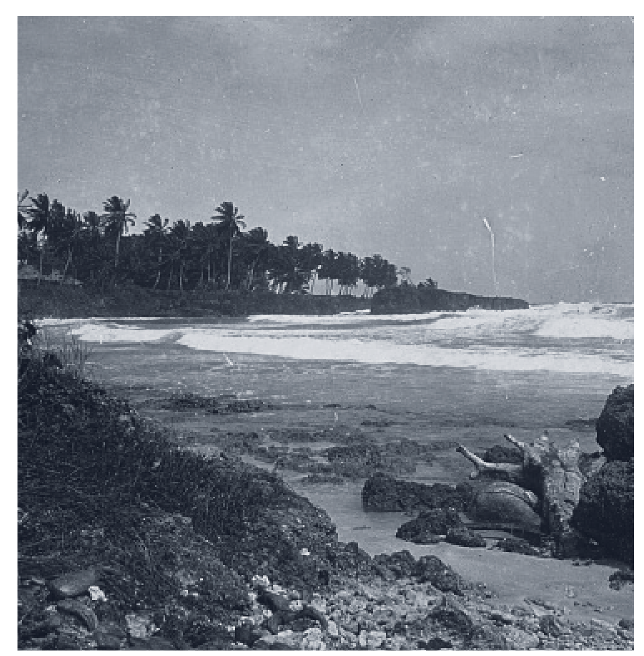
Quienes me conocen saben que me ubico entre islas: unas rodeadas de agua, otras de densas selvas y manglares. Estos paisajes caribeños, arraigados unos y otros en mares, ciénagas, ríos y cenotes, son los caminos a mis recuerdos —fragmentados— y mis vivencias cotidianas. Inicio esta breve presentación sobre escritoras caribeñas con un epígrafe tomado de un ya clásico ensayo del poeta barbadense Kamau Brathwaite (1930-2020), en el cual, con su peculiar estilo de prosa poética (aun cuando escribía ensayos académicos), hace hincapié en tres aspectos de la experiencia espacial caribeña: las islas-archipiélagos, la fragmentación, y las conexiones subterráneas —o submarinas— que para él corren desde Yucatán y Bahamas en el norte, hasta las islas continentales al sur del Caribe.

En la obra de las tres poetas que antologamos aquí, la memoria del agua es un factor fragmentario que crea ruptura; pero es también una vía de conexión. Las aguas unen y aíslan, son fuerzas complementarias. Entre las tres escritoras corre una temática ecopoética: una voz lírica que dialoga con el entorno natural, en una conversación que interroga, respeta, duda, recuerda. Las poetas entablan intensos diálogos que codifican el lenguaje de huracanes, ríos, mares y corales; ponen de manifiesto una cosmovisión y una espiritualidad que explica la presencia de elementos violentos y dañinos evocando su fuerza vital, sin por ello negar su poder destructivo. Los colores de la tierra, frutas y aguas permean el lenguaje poético evitando la creación de paisajes exóticos a favor de entornos que albergan nuestra cotidianidad. Nos ubicamos en aquellas tierras pardo-mamey o verde-iguana, y encontramos nuestras historias en las aguas poco profundas que saben navegar los corales a la vez que nos zambullimos en las aguas más hondas.

Grace Nichols es una poeta nacida en Georgetown, Guyana[1], en 1950. Nichols emigra al Reino Unido en 1977, donde radica actualmente. Es ahora reconocida como una de las principales voces en lengua inglesa; su obra se enseña frecuentemente en las escuelas inglesas en nivel básico y medio superior. Es autora de numerosos poemarios, y en 2010 se recopiló una selección de sus poemas en el volumen *I Have Crossed an Ocean,* cuyo título evoca la compleja experiencia migrante que sitúa a Nichols en Guyana y en Inglaterra. Su obra plasma siempre esta pertenencia múltiple, una doble vivencia a veces complementaria, otras veces en tensión. El poema "Hurricane Hits England" [Un huracán azota a Inglaterra] se incluyó al final del poemario *Sunris* (1996). El poema evoca los recuerdos del impacto del huracán Hattie (1961)[2], durante una tormenta que experimenta la poeta en Inglaterra. Las dos tormentas, hermanadas, crean la vía para encaminar la memoria, tema central de *Sunris*, como explica en la introducción del poemario: "I think this time I go make history".

1 Guyana es el nombre actual del país, tras independizarse del Reino Unido en 1966. En 1950 era conocido como British Guiana [Guyana británica].

2 Hattie no azotó directamente a Guyana, que se mantiene en la orilla de la zona de huracanes del área Caribe. Devastó a Belice, tocando tierra un poco al sur de la Ciudad de Belice, en octubre de 1961. No obstante, por su tamaño y poder, sus efectos se extendieron más allá de Centroamérica, y sus estragos permanecen en la memoria de una amplia zona del territorio del sur del Caribe.



On the shore of blue Caribbean, Jamaica Grave, C. H (1943)
Imagen: Library of Congress | Dominio Público.

Donna Aza Weir-Soley es una poeta nacida en St. Catherine, Jamaica, en 1965. Emigró a EE.UU. a los 17 años. Concluyó los estudios del doctorado en Estudios Literarios Ingleses en la Universidad de Berkelely, California (2000) y actualmente es profesora e investigadora de la Florida International University. Es autora de dos libros de poesía: *First Rain* (2006) y *The Woman Who Knew* (2016). El poema "Mama Water" apuntala el trasfondo sanador del agua, como deidad protectora y ancestral. La voz lírica ofrece el poema a Mama Water, como una oración de gratitud, narrada desde la experiencia y la vulnerabilidad de las mujeres. Es una voz solidaria y de esperanza.

Marion Bethel es una poeta nacida en Nassau, Bahamas, en 1953. Es abogada de profesión, y activista por los derechos humanos y de género. Ha publicado dos poemarios, *Guanahani, My Love/Guanahani, mi amor* (1994) y *Bougainvillea Ringplay* (2009); es además cineasta reconocida en particular por su filme *Womanish Ways: Freedom, Human Rights & Democracy 1934 to 1962* (2012), que documenta la historia del movimiento de sufragio para mujeres en Bahamas. El poema "In the Shallow Seas" pertenece a la primera colección mencionada. Este texto explora un paisaje natural acuático caribeño a la vez que desmantela las representaciones exóticas de los mares y playas de dicha área. El mundo natural es una experiencia viva: no es un telón de fondo, sino un actor en nuestra cotidianidad, portador de historias ocultas en los mares poco profundos.

Los tres poemas no solo configuran nexos entre sí en torno a los tejidos de la memoria, el agua, las mujeres o la vulnerabilidad, sino que, de manera muy particular (para mí), conectan con poetas de la península de Yucatán. Permea aquí una "memoria húmeda" como plantea Irma Torregrosa (Mérida, 1993-), en el poemario *Piélago* (2020). Si exploramos los colores y las historias de los lugares que son "más agua que tierra", entonces encontramos también los "lagos de sal" (2011) de David Anuar (Cancún, 1989-), en *Bitácora del tiempo que transcurre* (2015) o *Memoria de Gabuch* (2016). Con los huracanes, compartimos con Grace Nichols las rutas huracanadas que atraviesan nuestra península (mismas que el poeta beliceño Yasser Musa ubica en un espacio caribeño "Zona del huracán"); y los vientos y las aguas nos legan obras como el cuento "Chan moson" de la escritora en lengua maya María Luisa Góngora Pacheco (Oxcutzcab, 1955-), o la canción "*Chak ik'aal*/Un niño", del cantautor maya Vicente Medrano Gil (Sucilá). Finalmente, espero que disfruten estos poemas, y que se animen a explorar y a encontrar más, pues, si algo tenemos por cierto en la pen/ínsula de Yucatán es que "El agua [nos] dice cosas" (Torregrosa, 2020, 15).



Women selling provisions at Tortola Wharf, St. Thomas (1941)
Imagen: Jack Delano | The New York Public Library | Dominio Público.

Hurricane Hits England[1]

Grace Nichols

It took a hurricane, to bring her closer
To the landscape
Half the night she lay awake,
The howling ship of the wind
Its gathering rage,
Like some dark ancestral spectre,
Fearful and reassuring:

Talk to me Huracan
Talk to me Oya
Talk to me Shango
And Hattie,
My sweeping, back-home cousin.

Tell me why you visit
An English coast?
What is the meaning
Of old tongues
Reaping havoc
In new places?

The blinding illumination,
Even as you short-
Circuit us
Into further darkness?

What is the meaning of trees
Falling heavy as whales
Their crusted roots
Their cratered graves?
O Why is my heart unchained?

Tropical Oya of the Weather,
I am aligning myself to you,
I am following the movement of your winds,
I am riding the mystery of your storm.

Ah, sweet mystery;
Come to break the frozen lake in me,
Shaking the foundations of the very trees within me,
That the earth is the earth is the earth.



Waves Hit Navarre Pier Hard During Hurricane Ivans Approach (2004)
Imagen: Chris Duval | Library of Congress | Dominio Público.

1 Tomado de Nichols, Grace. I Have Crossed an Ocean. Selected Poems. Bloodaxe Books, ebook Kindle edition, 2014. (1ª edición, 2010). El poema se publica por primera vez en Sunris (1996). Reproducido aquí, en Al pie de la letra, revista de divulgación sin fines de lucro.

Un huracán azota a Inglaterra[2]

Traducción de autoría desconocida

Se necesitó un huracán para acercarla más
al paisaje.
No pudo dormir la mitad de la noche,
la nave aullante del viento,
su creciente furia,
como un oscuro espectro ancestral,
aterrador y tranquilizante:

Háblame Huracán
Háblame Oya
Háblame Changó
y Hattie
mi prima barriendo en el hogar.

Dime ¿por qué visitas
una costa de Inglaterra?
¿Qué quieren decir
esas viejas lenguas
haciendo estragos
en nuevos lugares?

¿Esas luces cegadoras
que al mismo tiempo
nos hacen cortocircuito
y nos hunden en más oscuridad?

¿Qué quieren decir los árboles
cayendo pesados como ballenas
—las nudosas raíces
sus tumbas como cráteres?
Oh ¿Por qué está mi corazón desencadenado?

Oya tropical del clima,
me estoy aliando contigo,
sigo el movimiento de tus vientos,
cabalgo el misterio de tu tormenta.

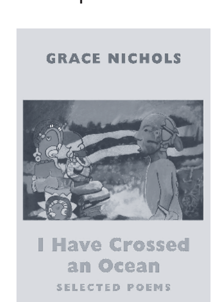
Ah, dulce misterio,
ven a romper el lago helado en mí,
agitando las raíces de los mismos árboles
en mis adentros.
Ven, hazme saber
que la tierra es la tierra es la tierra.

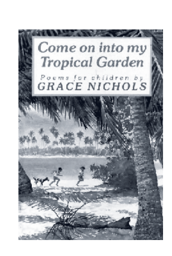
Grace Nichols
(Georgetown, Guyana, 1950-)



Imagen: Suki Dhanda para *The Observer*

Obra publicada





2 Tomado de PROMETEO. Revista Latinoamericana de Poesía, número 86-87, julio de 2010. Consultado en: festivaldepoesiademedellin.org. Reproducido aquí, en Al pie de la letra, revista de divulgación sin fines de lucro.

Mama Water[1]

Donna Aza Weir-Soley

Mama water,
protector of women
riding a blue crested wave
your flouncing tail
thrashes the surface of the ocean
raising a colling spray
to water the wills of frail
failing human spirits.

Mama water,
river mummah, Yemanja
mother-goddess, nurturer,
protector of children, fishermen
washerwomen, mothers
and would-be mothers,
accept with grace these offerings
accept with grace these salted tears
we women give back
in gratitude.



Waving sea water (2018) Imagen:Nathan Dumlao | Dominio Público.

1 Original en inglés. Traducción al español tomada de Maria Grau Perejoan and Loretta Collins Klobah, "On Crossing Barriers: Contemporary Caribbean Women Poets in Translation", en *Coolabah*, número 30, 2021. Reproducido en alpiedelaletra, revista de divulgación sin fines de lucro.

Mama Water

Traducción:
Maria Grau Perejoan y Loretta Collins Klobah

Mama water,
protectora de las mujeres
cabalgando una ola de cresta azul
tu cola salpica
y aplasta la superficie del océano
levantando una refrescante espuma
para mojar las voluntades de espíritus humanos
frágiles y menguantes.

Mama water,
river mummah, Yemayá
madre diosa, cuidadora,
protectora de niños, pescadores
lavanderas, madres,
y las que querrán ser madres,
acepta con gracia estas ofrendas
acepta con gracia estas lágrimas saladas
que nosotras mujeres te devolvemos
en gratitud.

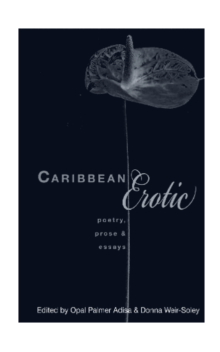
Donna Aza Weir-Soley
(St Catherine, Jamaica, 1965-)

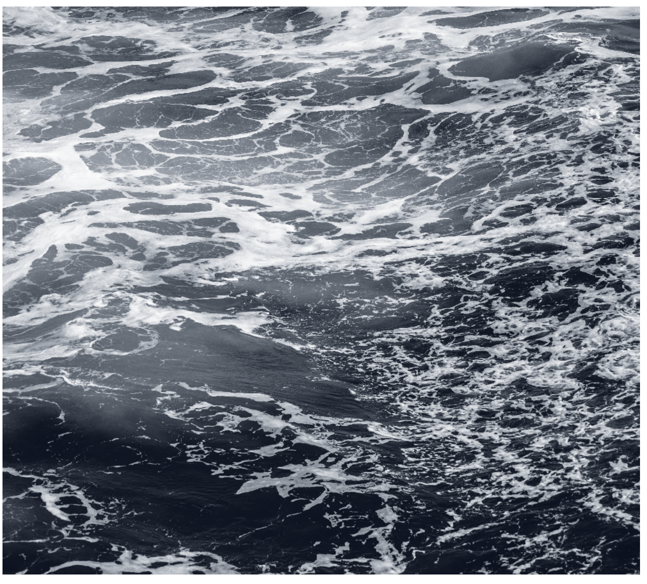


Imagen: *Florida International University.*

Obra publicada







Calm body of water close-up photo (2019) Imagen:James Eades | Dominio Público.

In The Shallow Seas

Marion Bethel



We are more water than land
we are reefs and banks, rock and brush
we are more water than land
we are cobalt seas, turtle green

Reefs of sea-grape purple
banks of turquoise and emerald
shoals of blinding white
shores of guava yellow clear blue

We are flat rocks of mamey brown
low trees of iguana green
scrub brush of dry dry green
mangrove swamps of brackish brown

In a shallow sea on a coral cay
the flat land is flat not ugly
in a shallow sea of limestone soil
the water is shamelessly beautiful

In a shallow sea coral colonies reign
finger, star, brain, staghorn
fragile fingers in a shallow sea
can wreck a ship's steel bottom

We are drowning, we are
drowning valleys of a sea
mountain deep deep channels
hide in the shallow seas



White starfish on sand underwater during daytime (2017)
Imagen:Linus Nylund | Dominio Público.

1 El original en inglés y la traducción al español (realizada por David Cherician), tomados de Bethel, Marion. Guanahani, *My Love/Guanahani mi amor.* Edición bilingüe. La Habana, Casa de las Américas, 1994. Los poemas se reproducen en Al pie de la letra, revista de divulgación sin fines de lucro.

En los mares poco profundos

Traducción: David Cherician

Somos más agua que tierra
somos arrecifes y orillas, roca y monte
somos más agua que tierra
somos mares cobalto de azul, verde tortuga

Arrecifes de púrpura uva caleta
orillas de turquesa y esmeralda
arenas de blanco cegador
playas de amarillo guayaba azul claro

Somos rocas planas de pardo mamey
árboles bajos de verde iguana
monte esmirriado de seco verde seco
ciénagas de mangle de pardo salobre

En un mar poco profundo sobre un cayo de coral
la tierra plana es plana mas no fea
en un mar poco profundo de suelo calizo
el agua es desvergonzantemente bella

En un mar poco profundo reinan colonias de coral
dedo, estrella, cerebro, cuerno de venado
dedos frágiles en un mar poco profundo
pueden hundir un barco de acero hasta el fondo

Nos estamos ahogando,
estamos ahogando valles de una montaña
marina hondos hondos canales
se esconden en los mares poco profundos.

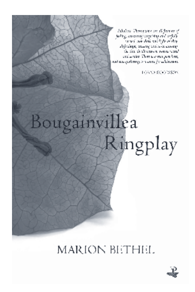
Aerial view of seashore with stones (2017)
Imagen: Samsommer | Dominio Público.

Marion Bethel
(Nassau, Bahamas, 1953-)



Obra publicada





About this Item (1969) Imagen: Library of Congres | Dominio Público.



Publicity shot of performer Fred Curchack wearing mask in theater piece "The Stuff That Dreams Are Made Of" at the Brooklyn Academy of Music (1989) Imagen: Library of Congres | Dominio Público.

Disfraces

Meryvid Pérez

I.

Lo vi detrás del telón. Hablaba de máscaras, de los colores azul y rojo. Al hablar movía las manos, sus blancas manos. Y ellas, como palomas, revolotearon. Yo, que miré absorta, de pronto supe: es amor lo que llega en forma de mago detrás de un telón. Sus manos vuelan y caen plumas.



Five unidentified cast members wearing masks in a scene from the Off-Broadway production of the play "The Blacks" (1971)
Imagen: Library of Congres | Dominio Público.

II.

La máscara no es un rostro, es más. Es el rostro siendo rostro, sobreponiéndose, mostrando lo que oculta. La máscara se posa y dice: soy un disfraz. En los carnavales y fiestas, un niño mira a quien la lleva y señala diciendo: ¡va desnudo! Pero su padre lo hace callar y los aplausos elogian al padre.

III.

Compartimos una cerveza —tu favorita—. Nuestros labios sorbían la espuma, el pan sabor a fruta, las ciruelas, el café. Había meseros lobo: desfilaban entre mesas, algunos cuidaban la vajilla del cielo.

Era octubre y la luna estaba llena. Todos tenían disfraces, menos tú y yo.

Vuelve al desierto

Ulises de la Rosa

María se levantó de entre los matorrales en los que llevaba recostada siete días: su cuerpo desnudo era un catálogo de golpes y quemaduras de cigarro, confeccionado por los hombres que la habían tirado ahí. El dolor de sus pies rotos y la carne marchita, tras una semana a merced del desierto, le habría impedido caminar de vuelta a casa de no ser porque la mujer, incapaz de sentir cosa alguna, estaba muerta.

Podría haber permanecido ahí, con la boca llena de arena y la mirada clavada en el cielo, hasta que alguien encontrara su cadáver por casualidad, meses más tarde. Si se levantó fue sólo por la obligación de volver a casa, donde el suelo sucio, dos estómagos vacíos y una pila de ropa arrugada la reclamaban, inflexibles ante el pretexto de su fallecimiento.

De camino, bajo el sol y junto a la carretera vacía, María trató de pensar en cómo le contaría a Joaquín, su esposo, lo que le había pasado. Supo que de nada servía el esfuerzo por dar coherencia a un relato de lo sucedido cuando vio caer su lengua ennegrecida al piso, tras escupir el bocado de arena que le llenaba la garganta. Lo único que producían sus esfuerzos por hablar era un gruñido que en nada se parecía a las palabras.

Le llevó un día entero volver rengueando desde el lugar donde la habían abandonado. Cuando llegó a la ciudad, tuvo que esconderse por temor a lo que la gente diría al verla trastabillando por las calles.

No encontró a nadie en su casa: a esa hora su esposo e hijo estarían en el trabajo y la escuela, lo que le daba tiempo para atender las labores del hogar y preparar la cena para recibir a sus hombres.

Antes de atender las labores domésticas, le pareció adecuado arreglar su anatomía maltrecha tanto como le fuera posible. En el cuarto de baño y frente al espejo, descubrió las secuelas de su muerte: su carne, llena de llagas, se había puesto gris. Sobre su cabeza había sólo una maraña color negro que una semana antes era una larga y brillante cabellera. En su frente relucía un surco a través del que podía verse su cráneo roto.

Entró en la regadera, incapaz de reconocer la temperatura del agua sobre su carne marchita, y talló su cuerpo tan fuerte como pudo en un intento por desalojar la arena de cada uno de los huecos de su ser. Se detuvo sólo al ver los jirones de piel que se le desprendían e iban a parar al drenaje. Se envolvió en una toalla y fue a buscar un vestido largo para cubrir su deterioro. Al intentar desenredar la maraña de su cabeza, se percató de que no hacía más que desprender mechón tras mechón y terminó por cambiar el cepillo por las tijeras.



Desert. Lander County, Nevada (1947)
Imagen: Library of Congress| Dominio Público.

De nuevo frente al espejo, María sintió lástima al percatarse de que sus esfuerzos no habían conseguido amansar ni un poco los estragos de la muerte. Trató de consolarse pensando que al menos vería a su familia de nuevo y que, ante semejante bendición, la vanidad no era más que un pecado. La segunda derrota que tuvo que enfrentar fue el descubrimiento de sus músculos rígidos, que complicaban tareas tan simples como conectar la

plancha o sujetar el mango de la escoba. Le tomó horas terminar la limpieza de la casa, sólo para descubrir que cocinar le resultaba igual de complicado. En lugar del festín de bienvenida que tenía en mente, se vio obligada a elegir algo mucho menos laborioso. Con un esfuerzo desproporcionado, se las arregló para picar algunas verduras y hacer una olla de sopa que apenas estuvo lista para recibir a su familia.

Su corazón habría dado un vuelco al escuchar la puerta de la casa de no haber estado petrificado al fondo de su pecho. Escuchó a su marido que, al percatarse del ruido y el aroma a comida, la llamó por su nombre y preguntó si había vuelto. Su esposo e hijo entraron a la cocina con la ilusión de encontrar a María sana y salva. Su emoción se convirtió en terror al ver el cadáver parado junto a la estufa.

La mujer intentó sonreír, lo que desfiguró aún más su rostro. Padre e hijo retrocedieron un poco sin dejar de mirarla. Les tomó un momento descubrir que el cuerpo que gruñía señalando la olla era el de María, y Joaquín sólo atinó a preguntar qué había para cenar.

Aquellas palabras eran lo menos parecido a la bienvenida cariñosa que María esperaba.

Como muchas noches antes, la familia se reunió a la mesa: Joaquín y el niño devoraron la sopa con una mano en la cuchara y la otra sobre la nariz, tratando de olvidar que un cadáver había preparado la cena. Ella no probó bocado, no sólo por falta de hambre, sino por miedo a que el líquido escapara por alguno de los orificios que colmaban su cuerpo. Cuando terminaron, María levantó los platos mientras ellos iban a ver televisión. Aquel gesto cotidiano le infundió algo de esperanza de recuperar una vida hogareña más o menos normal.

Luego de acostar al pequeño, quien se negó a recibir el beso de buenas noches de los labios momificados de su madre, María fue a su cuarto y encontró a su esposo metido en las cobijas. Decidió no quitarse el vestido para no incomodarlo. Recostó su cuerpo liviano junto al de su marido y gruñó algo que intentaba ser un buenas noches, pero sólo consiguió erizarle el cuero a Joaquín.

María descubrió que era incapaz de dormir: pasó la noche escuchando los ronquidos de su esposo. Puesta sobre la cama, boca arriba, recordó su estancia en el desierto y a los hombres que la habían levantado en la calle mientras hacía la compra. Se preguntó qué habría hecho para merecer algo así.

Cuando vio el sol aparecer detrás de las cortinas se levantó a preparar el desayuno. Sus manos acartonadas apenas dieron para revolver unos huevos y hacer algo de jugo, que su esposo e hijo tragaron a prisa con la ingratitud de siempre.

***

Semanas más tarde, la familia parecía haberse reencontrado con la rutina. Cada mañana, María despedía a Joaquín en la puerta. Luego acompañaba al niño al colegio. Con los días, el temor que el chico sentía por su madre se tornó en enojo a causa de las burlas de sus compañeros.

A pesar de sus esfuerzos por enmascarar el aroma de su descomposición, llenando la casa con aromatizantes y velas, Joaquín terminó por pedirle que no durmiera más junto a él. María pasaba las noches sentada en una silla del comedor porque cada día el *rigor mortis* le hacía más difícil incorporarse si se recostaba.

Más allá de las labores del hogar no había mucho que la mujer pudiera hacer. Salía poco a la calle porque no le gustaba el modo en el que la miraba la gente. Hizo algún intento por consumir sus horas libres en la parroquia, pero el padre le pidió que no fuera más a la misa de la tarde. Su condición antinatural, le explicó aquel hombre, molestaba a los creyentes cuya alma tenía alguna esperanza de salvación, a diferencia de la suya. Además, la iglesia no era el sitio adecuado para alguien que hubiera vuelto de la muerte.

María pasaba la tarde frente al televisor encendido sin prestar atención; trataba de no pensar demasiado en que su familia había perdido todo rastro de alegría por su regreso. Permanecía ahí, a la espera de Joaquín, pero él regresaba cada noche un poco más tarde, a veces con el estómago lleno.

Cuando los dedos de María finalmente se cayeron, Joaquín la metió dentro de un armario. Ella no protestó, convencida de que su cuerpo no era más que una escoba rota que nadie se atrevía a tirar. Una palabra compasiva habría sido suficiente consuelo para María, pero al cerrarse la puerta, lo único que escuchó fue al hombre que se lamentaba para sí mismo con un "Ay, María, no sé para qué regresaste".

***

Al paso de los días, en medio de la oscuridad, María sintió cómo su cuerpo se debilitaba. Se preguntó cuánto tiempo le quedaría antes de derrumbarse definitivamente para volverse un montón de tierra que quizá un día su hijo, convertido ya en hombre, descubriría al buscar otra cosa en ese mismo armario.

Ahí guardada sólo podía escuchar las voces de su familia. Aquel era su único consuelo en la transición a la nada. Imaginó su hogar condenado a un deterioro idéntico al suyo ahora que no había nadie para mantenerla limpia.

Una tarde escuchó que su marido conversaba con alguien más. La otra voz pertenecía a una mujer, quien se quedó toda la noche a hacer compañía a su viudo.

La risa de aquella —cuyo nombre era Dulce— se convirtió poco a poco en un ruido habitual: primero algunas noches, luego semanas enteras, hasta que finalmente se instaló de forma permanente en la casa como la nueva mujer de Joaquín.

Ni siquiera al saberse sustituida, María se vio tentada a salir del armario: le parecía natural que alguien fuera a cumplir con todo lo que ella no podía hacer. Lo que comenzó a inquietarla con el tiempo fue la ausencia de cualquier ruido que indicara que aquella mujer se hacía cargo de su casa o de su familia. Ni un escobazo, ni la lavadora, ni las ollas. Apenas Joaquín se iba a trabajar, la casa se llenaba con el ruido de la televisión y no paraba hasta la noche, cuando su marido y su hijo volvían.

Su preocupación se agravó por causa de los reclamos que su marido hacía a su nueva mujer porque la cena nunca estaba lista. Y a pesar de que María había prometido con abnegación permanecer en su escondite, el impulso de ama de casa que la había regresado del más allá le impedía quedarse ahí a esperar el descanso de los justos. Cada noche, al escuchar que los vivos se iban a la cama, María salía del armario a tratar de salvar algo de la dignidad de su hogar.

Con ayuda de su boca, anudaba un trapo a una de sus manos sin dedos y limpiaba cuanto le era posible. Sabía que sus esfuerzos no bastaban para combatir el polvo y la suciedad que día tras día crecían en su casa, pero le parecía imperdonable quedarse escondida sin hacer nada.

María rondaba la casa en la oscuridad como espíritu sin descanso. Y así habría continuado hasta que su cuerpo se consumiera, de no ser porque una noche, mientras luchaba por despegar el cochambre de la estufa, Dulce se levantó por un vaso de agua y la encontró en la cocina con una fibra entre los dientes.

La nueva mujer de su marido se horrorizó al encontrarla. Sus gritos despertaron a Joaquín, quien ante la escena no pudo sino devolverla a empujones dentro del armario. Al otro lado de la oscuridad, María escuchó las explicaciones de su viudo. Sus intentos por consolar a Dulce sólo surtieron efecto cuando le prometió que se desharía de "eso" al día siguiente.

Esa misma noche y con aquella sentencia en mente, María se atrevió a salir de nuevo. Pensó que si no le quedaba esperanza alguna de ser útil para las personas que amaba, no tenía sentido quedarse ahí.

Encaminó sus débiles pasos hacia la puerta y con algo de esfuerzo salió a la calle. Recorrió las avenidas hasta el borde de la ciudad, donde las farolas fueron sustituidas por las estrellas. Pensó una vez más en los hombres que la habían subido a una camioneta para torturarla y matarla, y la rabia, penúltimo testimonio de su existencia, retumbó en el lugar que alguna vez ocupó su estómago.

Tardó dos días en volver al sitio: del cuerpo quedaba ya muy poco. María se recostó en el lugar exacto del que se había levantado. Añoró una muerte definitiva: imaginó que cuando alguien la encontrara, su foto aparecería en los periódicos y la iglesia se llenaría de velas. Quizá entonces se convertiría en un recuerdo al que Joaquín, su hijo y el resto de sus conocidos podrían llorarle, y del que no se dirían más que cosas bonitas. Recostada sobre la arena, María se resignó a cumplir con la única labor que una muerta podía realizar para complacer a su familia.



Yucca Palms, Mojave Desert (1900) Imagen: Library of Congress| Dominio Público.



Nevada desert landscape near Boulder City (1934) Imagen: Ben Glaha
Library of Congress| Dominio Público.

Diluvio

Alexis Álvarez

Llovió como nunca. Fernando mira aquel espectáculo desde una perspectiva diferente, con la cara húmeda. Flotan los muebles menos pesados; toda la casa está llena de agua. Observa los cuadros desteñidos y otros enseres que cuelgan de la pared, todo arrasado por una furia mojada. Siente la piel fría y pegajosa de una rana que nada debajo de él. Con los pies desnudos y la cara llena de moretones, no sabe por qué tiene los brazos abiertos como quien espera un abrazo, que no llega, mientras flota a la deriva.



Flood (1924) Imagen: Library of Congress| Dominio Público.



Flood (1924) Imagen: Library of Congress| Dominio Público.

Alumbramiento

Alexis Álvarez

Lo vi nacer: comenzó con la cabecita e iluminó el aliento del fogón en la estufa. Bastaba con girar la perilla y asfixiarlo, pero lo mantuve vivo, colgado del pabilo de una vela. Me acompañó a dormir lamiendo con sus lenguas la oscuridad, haciéndole cosquillas. Para protegerlo de alguna racha de viento que, tramposa, se colara por debajo de la puerta, lo encerré dentro del globo transparente de un quinqué y cobró vida en ese corazón cálido. No imaginé que siendo tan pequeño buscaría saciar su apetito reventando el delgado cristal, para quemar la madera del velador. Luego se deslizó ardiente sobre la alfombra hasta alcanzar las faldas de la cortina y trepar por el techo cubriéndolo todo, abrasando la casa entera. En unos instantes se volvió indomable. Su voracidad consumió cada cosa que encontró a su paso.

A la mañana siguiente, al ver el desastre, no pude más que reprenderlo con la promesa de un castigo, después de rescatarlo de entre las pavesas.



Nobobrannen/The Nobo Fire, Ukjent (1949) Imagen: Municipal Archive of Tröndheim | Dominio Público.

Enterré a papá en un Sanborns

Ricardo Guerra

(Nota del autor, firmada el 13/10/2023)

Ayer, Diana me dijo: “Es curioso que te hayas hecho viral por enterrar a tu papá y ahora lo quieras desenterrar”. Por “enterrar” mi novia se refiere a notas como la del *Diario de Yucatán* que en 2021 publicó “Joven, viral al contar que su papá fue ‘enterrado’ en tienda departamental” (me encantaron las comillas, porque si no estuvieran la nota iría en la sección policial), después de que publiqué una primera versión de mi crónica en Twitter. Diana y yo, en la noche más calurosa desde el 2009, mientras paseábamos a mi perra Loch, hablábamos de sus cuentos de muertos y cementerios, y discutíamos sobre mi novela en proceso, en la que llevo dos años desenterrando a mi padre.

En los últimos años escribo para profanar y volver a dar sepultura a papá. A veces dejo sus restos a la intemperie durante años para escribir una novela. Otras, como ahora que envío este texto a la revista *Al pie de la letra*, lo desentierro y vuelvo a enterrar durante cada lectura. Al final, para mí escribir no es más que eso, enterrar y desenterrar a mis muertos. Y en el proceso, irme enterrando de a poco…

Fragmento publicado en *El santo del crack* (Los libros del perro, 2022)

Algunos creen que el mayor mausoleo del México contemporáneo es el Museo Soumaya, que mandó construir Carlos Slim en honor a su esposa. Se equivocan, al menos en una parte. El mayor mausoleo que tenemos los mexicanos sí fue en buena medida construido por Slim, pero se trata de un proyecto mucho más ambicioso: hablo de los Sanborns, que mantuvo y construyó tras adquirir las tiendas en 1985. Todos los Sanborns son un mismo museo con exposición permanente que nos recuerdan a nuestros muertos. Allí enterré a papá. Sus restos están distribuidos en cada una de las 190 sucursales alrededor de la República. No se alarmen, sus cenizas continúan guardadas en la cripta de una iglesia que no he visitado en años, pero encuentro más conveniente visitarlo en cualquier Sanborns. Sus sucursales son la habitación de papá que yo guardo bajo llave para impedir que cualquier invitado mueva sus cosas de lugar.

A diferencia de la iglesia, que está en constante remodelación, los Sanborns se mantienen idénticos. No hablo solo de la misma vajilla del restaurante o las fachadas: los Sanborns se toman tan en serio su papel de mausoleo que siguen vendiendo CDs, aunque no haya nadie que los compre. El único cambio que advierto es en el área de electrónicos, pues las televisiones son cada vez más delgadas.

En la sección de las revistas, donde papá compraba el *Proceso* todos los domingos, lo único que ha cambiado son los titulares de los periódicos. En la dulcería continúan vendiendo las tortugas de chocolate amargo que papá le compraba a mamá cada vez que peleaban. El área de Tabaquería, lugar en el que hizo su última compra antes de morir, se ha mantenido intacta a lo largo de todos estos años, como si en su última visita el tiempo se hubiera congelado.

En la iglesia, la cripta de papá se encuentra a ras del suelo. Las pocas veces que intenté visitarlo, tuve que permanecer hincado. En los Sanborns me encuentro con papá mientras, sentado en una butaca, disfruto las enchiladas suizas que continúan preparando tal como a él le gustaban.

Tengan la certeza de que, en cualquier Sanborns, algún día alguien nos recordará.



Whelan's Drug Store, 44th Street and Eighth Avenue (1936) Imagen: The New York Public Library | Dominio Público.



Hardware Store, 316 Bowery (1938) Imagen: The New York Public Library | Dominio Público.

En la esquina del Tívoli

Mario Galván

Los ciclos en esta urbe son constantes, pero las ruinas en Ciudad Boutique son inevitables.

En 1976, antes de que la nomenclatura urbana fuera la que conocemos hoy en día, las calles se identificaban por esquinas cuyos nombres se labraban en piedra, acompañadas de una iconografía propia: "Esquina del Degollado", "Esquina del Faro", "La Flor de Mayo".

En una vivienda ubicada en una de esas esquinas creció un árbol de higos. A la sombra del árbol cacareaba un corral de gallinas japonesas, de plumaje sedoso como peluche, que alegraba la vida de los propietarios.

"¿Cómo es que están tan lindas las gallinas?", preguntaban los vecinos con incredulidad y admiración.

Al poco tiempo, gracias a los trabajos de restauración hidráulica que requirió la cañería antigua, el plomero descubrió un cenote. Se supo entonces que las raíces del árbol bebían el agua mineralizada de esa cavidad rocosa, milagro de la naturaleza, y quienes probaron sus frutos afirmaban que eran de una textura y un dulzor extraordinarios. Quizá por eso también las gallinas tenían tan buen aspecto, acostumbradas a picotear las semillas de los frutos caídos que nadie reclamaba.

Por si no fuera suficiente tal regalo, se construyó un recinto de columnas dóricas para apreciar el paisaje que ofrecía la cavidad del cenote. Como sobraba mucho espacio y reinaba la quietud, se realizaron recreaciones de sacrificios mayas que atrajeron la afluencia de múltiples turistas. Las gallinas japonesas se estresaron con el tumulto de gente y su plumaje perdió vida, mientras que la higuera ya no dio frutos como se esperaba, pero ahí permanecieron, en segundo plano, como un elemento más del patio central de la casa.

Mientras tanto, la nueva atracción significó una entrada fuerte de dinero para sus propietarios, quienes, no contentos con las ganancias, instalaron un equipo de luz y sonido, y montaron espectáculos de variedades que evocaban al teatro Tívoli del centro del país. Desde entonces se popularizó esa esquina como "la del Tívoli".

Poco a poco, el agua cristalina del cenote comenzó a tornarse turbia. Pensaron que echando cloro se limpiaría; sin embargo, las doncellas sacrificadas salían del agua con los ojos infectados, así que tuvieron que detenerse los sacrificios apócrifos. En cambio, se construyó un restaurante y se cambió la fachada colonial por una de estilo "neomaya", con grandes arcos que evocaban los monumentales templos de Mayapán. Adentro se edificaron réplicas a escala de las pirámides de Chichen Itzá y mascarones de Chaac. También se importaron bailarinas cubanas, aprovechando la cercanía con la isla. Dejó entonces de ser un restaurante familiar y se volvió un tugurio botanero, más parecido al de una película de ficheras, donde servían todo tipo de manjares mestizos: *dzikilpak*, *cotzitos*, *chayitas*, tacos de *relleno blanco,* entre otros.

Un día, durante una riña de borrachos, una de las bailarinas caribeñas murió acuchillada. Entre tantas investigaciones policiales y las controversias del caso, el restaurante cerró por no tener permisos en regla. El edificio quedó en abandono y se volvió una ruina sepultada por el polvo y la vegetación. Con el paso del tiempo, el catastro municipal de Ciudad Boutique cambió el sistema de nomenclatura por una numeración de las calles. Ahora, la esquina del Tívoli se ha convertido, sencillamente, en el cruce de la calle 45 con 62, aquella donde las señoras mayas mestizas venden sobre huacales su mercancía diaria (naranjas, jícama, epazote) y no hay quien pueda removerlas de ahí.

Hoy en día, el cenote se encuentra tapado para evitar las muertes por ahogamiento de indigentes y drogadictos, pero las señoras asoman con cierta frecuencia para hacer del baño y darles algo de comer a las gallinitas japonesas.



La esquina del Tívoli (2023) Imagen: David Casanova Puerto



La esquina del Tívoli (2023) Imagen: David Casanova Puerto


convocatoria
abierta
No. 24
SECCIONES
Letras de agua
poesía, prosa poética y textos experimentales
Texturas del sentido
minificciones, cuento corto, crónicas breves
Manos a la letra
ensayo literario, bitácoras del pensamiento
alpiedelaletra@modelo.edu.mx
bit.ly/3U4FjWh
Escanea el QR
Para llenar el formulario de
postulación a la revista
Fecha límite para envíos:
12 abril 2024
UNIVERSIDAD MODELO
ESCUELA DE HUMANIDADES
alpiedelaletra

Puntos de distribución en Mérida

Recuerda que nuestra revista es gratuita, y la puedes conseguir en cualquiera de las siguientes ubicaciones:

Sempere, Café Literario
Otra Librería Sempere *(librería)*
Calle 62, no. 479 (segundo piso) x 55 y 57, colonia Centro

El Apapacho *"Comida Nada Gourmet y Arte"*
La Meiga Librería Feminista
Calle 62, no. 354 x 41 y 43, colonia Centro

El Hoyo, casa del té
Calle 62, no. 468 x 55 y 57, colonia Centro

Biblioteca Central Estatal "Manuel Cepeda Peraza"
Calle 55, no. 515 x 62, colonia Centro

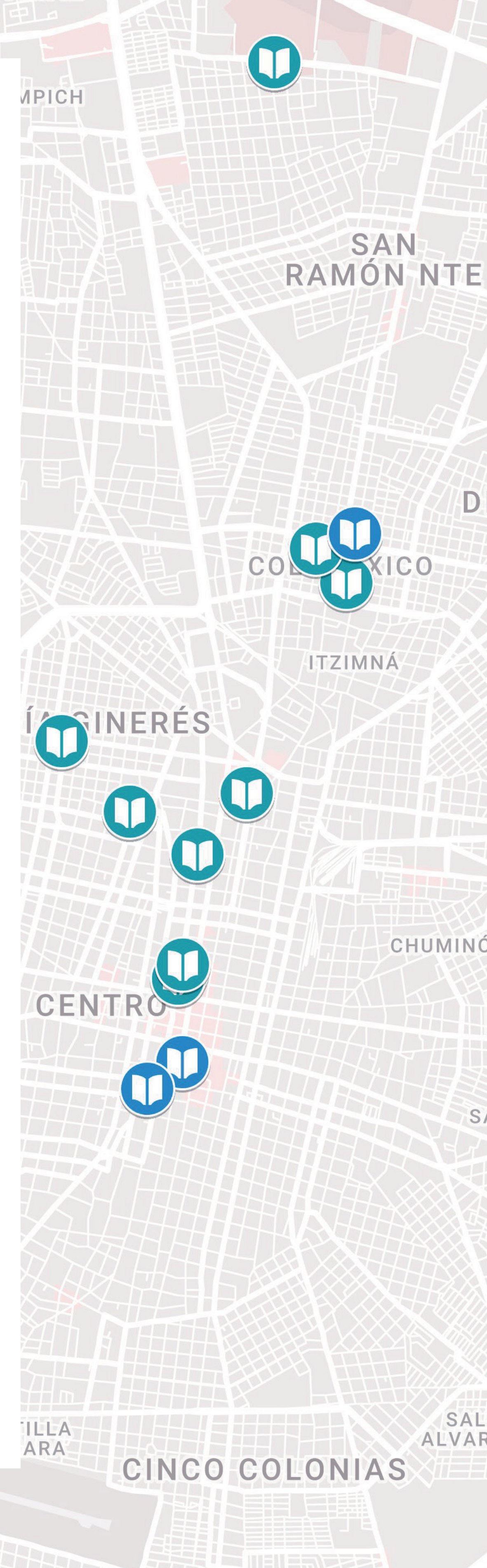
Centro Cultural La Ibérica
Calle 37, no. 526 x 74 y 74A, colonia García Ginerés

Centro Cultural José Martí
Av. Colón, esquina con calle 20, colonia García Ginerés

Sereno Café
Calle 10, no. 417A, colonia Díaz Ordaz

Centro Cultural Lorca
Bodeguita Mosca *(librería)*
Calle 39A, no. 192 x 16B y 16E, Fracc. Gran San Pedro Cholul

Buen Confidente
Torre Baltia, Calle 61, no. 142 (planta baja), colonia Montes de Amé





visítanos en:
www.revistaalpiedelaletra.com